

San José, Costa Rica

1926

Sábado 3 de Abril

293

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *Viernes Santo criollo*, por Ventura García Calderón.—*El Problema de la América Latina*, por Francisco Contreras.—*La Constitución mexicana. Título del trabajo y la previsión social*, por Flavio Guillén.—*Motivos de la Pasión y Viernes Santo*, por Gabriela Mistral.—*La transfiguración de Jesucristo*, por Alejandro Vicuña P.—*Junto al pozo*, por Oro y Azul.—*Espera*, por Daniel de la Vega.—*"Dioses sois"*, por Carlos Luis Sáenz.—*La Venganza del Cóndor y la prensa francesa*.—*En la tierra de Renán*, por Cornelio Hispano.—*Telus*, por Alberto Masferrer.—*Tablero* (Carta de Arturo Torres Rioseco).

QUE nadie se jacte en alta voz de haber visto más florido festejo de santidad; que nadie quiera superar, citando regocijos solares, aquella Semana Santa poblana ni sea osado a parangonar con los homenajes de la piedad famosa ésta, humilde y triste, pero tan pintoresca que no sabe de geografías, de historia sagrada ni latines, pero llora con verdadero quebranto, como si no hubieran pasado siglos, como si la Judea fuera apenas una provincia del Perú, el suplicio y entierro del «más divino de los hombres...»

* *

No hablaré sino al pasar de aquella procesión lírica de guitarras y cohetes, con sus vírgenes flacas y sus *cholas* gordas de redondo sombrero de Catacaos, las *cholas* favoritas del cura que ostentan por la mañana, en los serones, las meladas chirimoyas, los mangos que se esconden en los viejos roperos para perfume de las sábanas, y esas palmas por tan sabrosas conservadas para el prefecto y el obispo. No podría decir sino en latín—y entonces perdería su gracia—aquel lamento de los cholos que comienza con un «buena laya de jijo de p...erra», y no es desacato ni blasfemia tan plañidero canto, pues sólo expresa rudamente la admiración incommovible del jayán habituado a escucharlo como un elogio de virilidad. Ni hablaré de los tributos santos que son collares de guayruros, o los exvotos humildes e indecentes, o los *huacos* paganos que están llenos de agua bendita, y los mantos de las Vírgenes que fueron brocados de alguna Magdalena arrepentida del coloniaje; ni vamos a censurar la guitarra de las jaranas, rasgueada por el mismo negro humorista, que después de la noche obscena está aquí, con el alba santa, tras del palio del cura, canturreando un extraño latín que tiene garbo de copla. Tampoco podemos enfadarnos

Viernes Santo criollo

Por

VENTURA GARCÍA CALDERÓN

=Del tomo *La Venganza del Cóndor*.
MCMXXIV. Editorial MUNDO LATINO.
Madrid.=



si el cura de tres parroquias que debe trotar cincuenta leguas lleva en la alforja la *chicha* que no quebranta el ayuno y es más refrigerante que el vinillo de misas. Todo sea por Dios, que mira las conciencias y será indulgente con el pueblo amparado bajo la caridad de Santa Rosa.

* *

Pero dos escenas inolvidables e incomparables muestran bien nuestra devoción inteligente. No diré el nombre de la aldea para que no me maten si allí voy en romería de novelista; sólo contaré la escena que es tan explícita de nuestra devoción condicional. Habéis de saber que una calle empinada separa la iglesia del camposanto y por ambas partes debe pasar la procesión si se quiere que la lluvia del Señor caiga durante el año sobre el algodón y la caña de azúcar, bendiciendo el mineral en el lomo de la alta llama y la más crespalana de los carneros. Mas nadie podría llevar el Santo Cristo en andas sin grave peligro de rodar en las piedras de la calzada, que son de río y pulidas por los torrentes. Entonces en ambos extremos de la calleja, en pie o de hinojos, las gentes del pueblo están mirando lo que va a ocurrir, angustiados todos bajo los anchos sombreros de jipijapa y los ponchos de fiesta. Ya viene, ya lo bajan de las andas, ya le acomodan el cabello casi rojo.

Nadie tiene un cabello así en el

pueblo. Sólo Jesús es tan rubio, y por eso le llaman *el Bermejo*. ¿Cuál cura letrado de tiempos muy antiguos habló alguna vez de la entrada triunfal en una pollina? Las más hermosas pollinas del pueblo están aquí, enjaezadas con lindas cintas y arcos de colores. Los piadosos *cholos* acaban de atar al lomo de la borrica la santa imagen. Sigue un silencio conmovido que sólo turba el retintín de las espuelas impacientes. El mismo cura autoriza la prueba, y si ésta es feliz, si Dios lo quiere, los rojos cohetes chinescos van a estallar dentro de poco rato festejando el año de gloria y abundancia. Con el ramal de cinco puntas que está en la iglesia, el ramal que sirviera para azotar al Salvador del mundo, han arreado a la borrica, que se resiste a bajar tan pina calle. Un inmenso grito estalla:

—¡Agárrate, Bermejo!

El *Bermejo* es el Santo Cristo. Le llaman así, familiarmente, con anticuada palabra, que es casi expresión devota. ¡Ah, si fuera a caer de la borrica o si esta rodara por la calle con su preciosa carga! Es un calvario a horcajadas que presencian los feligreses con espanto. Pero ha llegado al término de la cuesta donde comienza el sueño de los muertos, y estalla el júbilo común. Serán jugosas este año las chirimoyas y las lluvias del cielo nos darán maíz dorado...

Sin embargo, tan buena alegría no puede durar mucho, porque Jesucristo se muere en carne mortal, el viernes santo, a manos de los perros judíos. Ya lo presumían todos. Más de una vez se le vieron lágrimas de cera bajo la corona de espinas de oro, en el altar que está en el coro, celado por barrotes de ébano. Se ha muerto y es decente consolar a la familia. La familia está en otros altares. San José, sobre todo, padre adoptivo, que tiene tan bondadoso rostro de abuelo español y barbas de viruta; San José,

a quien vienen los carpinteros de la comarca a referir la carestía de la madera y sus penas íntimas. Tiene famoso manto, pero también muy buena levita, que un sastre piadoso le cortó hace muchos años. Ya no se llevan aquellas levitas tan abiertas con solapas de raso, ni tampoco es de uso, sino en provincias muy lejanas, esa chistera de pelo, el *tarro*, como decimos los peruanos, que simboliza las cosas más serias de este mundo: el prefecto o los presidentes en las visitas solemnes. En días corrientes, San José está bien así, disfrazado de santo; pero en horas trágicas de la pasión y muerte es preciso

que esté vestido de luto riguroso y presida el entierro. Los mismos *cholos* que ataron al Salvador en la borrica ciñen la levita a la estatua de San José, atándole el *tarro* en los dedos. No sería humano que cuando se está lamentando la horrenda muerte, él se quedara allí, más alto que los demás, lejano y judaico. Es preciso ponerle aquí junto a la puerta, de levita. Entonces comienzan a desfilar las *cholas* líricas, que saben gemir tan bien en los funerales; el señor hacendado que lleva espuelas de plata; los *cholos* recios, cuadrados, que en su «caballito de totora», como en el lomo de un fabuloso hipocampo, cabalgan sobre

el Mar Pacífico—toda la gente humilde de mi tierra buena y prolífica. Y cuando van a salir del templo, después del sermón que los enciende en ira contra la infame canalla judía, cuando han compadecido con sollozos los dolores de San José y las ansias de la madre inocente, toda aquella plebe simple y generosa de mi crédula tierra se inclina al pasar y dice en voz baja al santo vestido de levita:

—¡Sintiendo mucho la muerte de Don Jesús!...

Después de lo cual, cumplidos los santos deberes, la *chicha* es tan suave en las alquerías.

El Problema de la América Latina

—Traducido del *Mercure de France* del 15 de enero de 1926.—

Las inquietudes vitales de los pueblos de la América Latina, que eran ayer de orden interior, son hoy, además, de carácter internacional. Si en el comienzo de su vida independiente esos pueblos se afanaban por afirmar sus instituciones y desarrollar sus posibilidades, actualmente se inquietan también por librar su personalidad nacional y conservar su integridad territorial. La política imperialista de los Estados Unidos constituye para ellos, a este respecto, una amenaza formidable. Desde hace unos treinta años, fundándose en la doctrina Monroe, la gran potencia del Norte, como es sabido, interviene continuamente en los asuntos de los países latinoamericanos de manera alarmante, imponiendo sus designios sin preocuparse de la soberanía de esos pueblos. Sin embargo, esa potencia no ha amparado siempre a la América Latina contra las agresiones europeas. En 1833 dejó a la Inglaterra ocupar las islas Malvinas situadas en las aguas argentinas, en 1864 toleró la implantación en México del imperio de Maximiliano de Austria, en 1866 no impidió a España que bloqueara o bombardeara los puertos del Pacífico. Así, la doctrina Monroe no ha sido ayer una garantía para las repúblicas de la América Latina y parece ser hoy una fuerza vuelta contra sus intereses. Los gobiernos de esas repúblicas, cohibidos por compromisos con la potencia imperialista o por consideraciones de discreción o de temor, no han osado aun, por lo general, encarar abiertamente lo que constituye el *Problema de la América Latina* en su aspecto más importante. Pero los escritores representativos que aquí, como en todas partes, interpretan la conciencia nacional, han abordado la

cuestión con un celo y una entereza que les honra.

Hace unos veinticinco años, José Enrique Rodó lanzó, en su famoso opúsculo *Ariel*, la primera palabra, denunciando el peligro y señalando, en la unión, el medio de conjurarlo. Pero el escritor argentino Manuel Ugarte ha sido quien ha hecho en este sentido la labor más intensa, más sostenida y, hay que decirlo, más abnegada. Renunciando casi a la carrera literaria en la cual había comenzado brillantemente con colecciones de poemas, novelas, crónicas literarias, se ha dado, en el libro, en la prensa, en la tribuna, a una acción incesante, tan ferviente cuanto desinteresada. Después de publicar un volumen: *El porvenir de la América Latina*, en el cual estudiaba el problema latinoamericano en sus aspectos interior y exterior, y esbozaba un programa de política internacional salvadora, emprendió una gira a través del continente, con el fin de propagar sus miras y de darse cuenta de las condiciones en que el problema se planteaba en cada república. En un libro del cual ya he hablado: *Mi Campaña Hispanoamericana*, nos ha dado algunos de los discursos o conferencias que con tal ocasión escribiera. Ahora nos refiere, en un nuevo volumen: *El Destino de un Continente*, las peripecias de aquella gira, a la vez que nos dice sus observaciones y las reflexiones que éstas le han sugerido. La acogida que en todas partes encontró el generoso propagandista estuvo lejos de ser homogénea. En general, los círculos oficiales o simplemente políticos, lo recibieron con reservas y a veces hostilmente. En algunas repúblicas del Norte, los presidentes, ligados a Estados Unidos

por compromisos imprudentes, lo hostilizaron de mil maneras, llegando a veces hasta prohibirle hablar; en tanto que en los pueblos del Sur, los gobernantes absortos en querellas de frontera realmente pueriles, ya que lo que allí sobra es la tierra, no le prestaron mayor atención. En cambio, en todas partes, la mayoría de los escritores, los obreros, los estudiantes, la juventud, esto es, la parte más viviente de la colectividad, lo acogieron, lo oyeron, lo aclamaron con singular entusiasmo. Las nuevas generaciones, libres de los prejuicios de los anteriores, saludaban en él al intérprete de sus inquietudes y de sus aspiraciones.

Al llegar a su patria, la Argentina, Ugarte se apresuró, pues, a reunir los elementos nuevos del país y fundó una agrupación destinada a crear una conciencia nacional continental, que sirviera de lazo de unión y de dique al avance del imperialismo. Pero la guerra europea estalla y las condiciones del tremendo problema se modifican, se agravan. Los Estados Unidos entran en la contienda, y salen de ella más poderosos que nunca y más que nunca imperialistas. En tanto que luchaban en Europa por la causa del Derecho, ocupaban militarmente a Santo Domingo, atacaban a México y mantenían en Nicaragua una especie de protectorado. La actitud o la situación de las repúblicas hispanoamericanas se modifica también. El gobierno de México osa repudiar las sugerencias de Washington y va hasta sostener un combate con las tropas angloamericanas. Cuba se agita contra la tutela cada vez más imperiosa de la gran potencia del Norte. Los estudiantes repudian una nota de unión de los estudiantes angloameri-

canos. Y un joven publicista, Luis Machado y Ortega, en un libro lleno de vigor: *La enmienda Platt*, examina por la primera vez el alcance de este famoso tratado impuesto por los Estados Unidos y protesta de la aplicación que el gobierno de ese país le da, traspasando lo convenido (el intervenir cuando el gobierno cubano lo solicite) y mezclándose continuamente en los asuntos interiores, bajo la amenaza de la intervención. Por otro lado, el Ecuador se inquieta bajo la presión de los Estados Unidos que codician las islas Galápagos, Bolivia acepta un empréstito que da a Washington el control de las finanzas del país. Chile, que se distinguía en el continente por su estabilidad política, ve turbada su paz interior. El movimiento demagógico provocado por el presidente Alessandri ha determinado una reacción encabezada por el ejército, y este país en que jamás imperara el militarismo, se ha visto sometido a la dictadura militar. Felizmente el buen sentido ha acabado por triunfar y los partidos, de común acuerdo, han llevado a la presidencia a un hombre político de capacidad o integridad reconocidas, don Emiliano Figueroa, quien sabrá restablecer el orden, rodeándose de los elementos sanos y preparados de la nación. Sin embargo, las nuevas generaciones se dan en todas partes a la acción en el designio de resolver el grave problema que pesa sobre el Continente. En 1922, el escritor mexicano José Vasconcelos, entonces ministro de Instrucción Pública de su país, ha hecho un viaje a las diferentes repúblicas, encaminado a reforzar la solidaridad continental. Con esta ocasión el publicista argentino José Ingenieros, cuya pérdida inesperada lamentamos hoy, pronuncia un discurso sensacional en el cual denuncia la trampa del panamericanismo y propone la unión de los intelectuales hispanoamericanos. En Buenos Aires, en otras capitales se forman sociedades con el título de *Unión Latino-Americana*, se publican revistas destinadas a servir el ideal continental. Y un escritor peruano lanza la idea de un Congreso de Intelectuales, con el objeto de «organizar el pensamiento» de la América Latina. Por desgracia, estas acciones, estas iniciativas abarcan en su programa cuestiones internas, reformas de orden social o religioso, que parecen aun prematuras en las jóvenes Repúblicas y que, en todo caso, son hoy inoportunas. Porque el pueblo, en esos países, se encuentra, por lo general, en estado de incultura, (la parte que posee alguna instrucción hace aun la etapa racionalista-determinista) y en tal caso la religión constituye una fuente de idealidad, de

moralidad, innegable, y porque ante el peligro común conviene deponer la actitud partidarista a fin de englobar la colectividad, como lo han hecho siempre todos los países que han visto su integralidad amenazada. En un nuevo libro que Manuel Ugarte acaba de publicar: *La Patria Grande*, el infatigable campeón de los intereses hispanoamericanos, examina la política interior del continente con una sinceridad manifiesta. Denuncia las miras del partido socialista, al cual ha servido desde su primera juventud, por lo que ve en él de «internacionalismo disolvente», a la vez que ataca las nuevas tendencias comunistas y absolutistas, considerándolas como sugerencias del bolchevismo y del fascismo que, si en Rusia y en Italia pueden explicarse (el primero como réplica al zarismo despótico, el segundo como reacción a la demagogía desorganizadora) en los países latinoamericanos no se explicarían por no responder a necesidades inmediatas. Creo yo, como el escritor dominicano Pedro Henríquez Ureña, que la América Latina debe tender a un «ideal de justicia» social que ponga fin a la inicua «explotación del hombre por el hombre», pero pienso también, como él, que para realizar ese ideal hay que esperar que «los tiempos estén maduros» (REPERTORIO AMERICANO, 17 de Agosto, 1925). Entre tanto, tratemos de salir en fin del segundo período por el cual atraviesa la cultura de los pueblos jóvenes: el período cosmopolita, y de entrar resueltamente en el período siguiente: el nacionalista. Y démonos desde luego a buscar la solución de las cuestiones más apremiantes del problema continental. Con este objeto, en mi sentir, se impone el siguiente programa:

1.—*Propender a la estabilidad de las instituciones políticas, al mantenimiento de la paz interior y exterior, tratando de evitar las revoluciones, las querellas con los pueblos hermanos, la dictadura, el militarismo, que no hacen más que debilitarnos y desprestigiarnos.* ¿De qué sirve que una república establezca justas reformas sociales, si tiene aun presidentes militares y vive bajo la amenaza de guerras o de revoluciones que pueden trastornar de un golpe todo lo hecho?

2.—*Tratar de instaurar una política internacional de concordia y unión en las relaciones con los pueblos hermanos, y de previsión, de tacto en los asuntos con las potencias imperialistas, no contrayendo empréstitos ni otorgando concesiones en el territorio que puedan un día dar lugar a intervenciones agresivas.* Porque hay que recordar que, si los Estados Unidos han puesto la mano

sobre algunas de las Repúblicas del Norte, ha sido a causa de la imprevisión o la venalidad de sus gobernantes que han contraído compromisos o firmado tratados que significaban la hipoteca o la enagenación del país.

3.—*Fomentar la instrucción pública sobre la base del culto de la verdadera tradición, del incremento de la cultura latina o más bien hispánica, y del desarrollo del sentimiento religioso en la amplia acepción de esta palabra.* Porque solamente sobre esas bases llegará a afirmarse la personalidad nacional y podrá establecerse la moralidad individual de la cual nuestros hombres públicos tienen tanta necesidad.

Si la América Latina quiere conservar su independencia material y moral deberá tratar ante todo de ser ella misma. Por esto el Panamericanismo, la unión con un país extranjero desde todo punto de vista y además imperialista, no puede ser sino perjudicial. Pero la doctrina Monroe no podrá ser reemplazada por la doctrina Drago: *América para la humanidad*, ya que la humanidad que se acoja a nuestros países tendrá que nacionalizarse para formar parte de ellos; sin lo cual seguirá siendo extranjera, como ocurre, por lo demás, en todas partes. La única norma posible será, pues, la que sugiere la doctrina Monroe misma y que yo me permití formular, hace más de diez años, en la prensa de París (*L'Eclair*, 13 de Mayo de 1914): *La América Latina para los Americanos Latinos*. El esfuerzo de esas Repúblicas ha de tender pues, desde luego, a afirmar, en todo orden de actividad, la personalidad continental, entrando así de una vez en el período nacionalista. En la literatura, un movimiento en este sentido viene desarrollándose desde hace varios años. Es lo que se ha denominado Americanismo literario y que yo he preferido nombrar: *Mundonovismo* (el nombre es lo de menos). No obstante, algunos escritores, viejos y jóvenes, se obstinan, en este plano, en no salir del período cosmopolita, recogiendo en sus obras toda clase de sugerencias extranjeras. Así, Manuel Ugarte, tan nacionalista en su labor de publicista, nos ha dado últimamente una obra literaria: *El Crimen de las Máscaras*, llena de espiritualidad, de fantasía, de ironía, de intenciones excelentes, pero en la cual se sirve, todavía, de los mitos caducos de la «Comedia Italiana» y del Teatro de la Feria (Pierrot, Polichinela, Arlequín etc.) que sólo un escritor francés, como Henri Strentz, ha logrado últimamente reanimar. Todo esto no quiere decir, por cierto, que debere-

mos desinteresarnos del movimiento literario europeo. Conviene, al contrario, seguir atentamente sus evoluciones, a fin de acordar nuestra labor, en lo que a la forma se refiere, a la sensibilidad colectiva de nuestra época. Pero inspirémonos en nuestra vida y en nuestra tradición, en nuestra naturaleza y en nuestro folklore;

en *todo lo que nos caracteriza*. Pongamos en nuestras ánforas nuevas vino del terruño, construyamos nuestros castillos modernos con la madera de nuestras selvas intactas. Sólo así lograremos afirmar verdadera personalidad y conseguiremos que se nos tome en cuenta en el extranjero. No olvidemos que si los Estados Unidos

ocupan el mundo el puesto que hoy tienen, ello se debe, en gran parte, a que cuentan con un Walt Withman y con toda una pléyade de escritores nuevos profundamente nacionalistas.

FRANCISCO CONTRERAS
23, Rue le Verrier. PARIS.

LA CONSTITUCION MEXICANA

Título del trabajo y la previsión social



PARA comprender bien el socialismo avanzado que informa la constitución de 1917, en vigor desde ese año, hay que advertir que en esta carta magna se condensaron los anhelos de la revolución democrática iniciada por Madero, con elementos directores muy instruidos en las aspiraciones del socialismo agrario, y que la masa de trabajadores de las ciudades y campos, padeció mil atropellos durante la dilatada y plutocrática administración del general Díaz. Lo cual prueba que en historia, nada hay casual ni improvisado. Y pareciéndose la de este país, tanto a la mexicana, resulta conveniente estudiar las causas que allá engendraron tan honda conmoción, para impedir las aquí, adelantándose a lo inevitable. Vale más prever que curar, dicen los médicos. La higiene ya es una medicina preventiva.

La reacción provocada por los amigos del general Díaz, aristocracia, ejército y clero católico, culminó con el asesinato de Madero y este crimen horrendo, legitimó en el pueblo la violencia para restablecer el derecho, pero no ya el conocido y clásico de Benito Juárez, sino el iluso de Marx, Deville y Kropotkin. Así, en 1917, cuando el socialismo febril y agrario no pasaba de literatura en Europa, en México se codificó por primera vez, ante el asombro de la tradición y el visaje burlesco de quienes lo juzgaron insostenible.

El artículo 123 de la constitución revolucionaria, reglamenta el trabajo y preve la nueva constitución social. No cabiendo en este espacio, por su extensión, haremos de él, un extracto sobrio, en rededor de sus puntos principales.

El congreso de la unión, dice, y las legislaturas de los estados deberán expedir leyes sobre el trabajo, para regir el de los obreros, jornaleros, empleados, domésticos y artesanos; pero sobre las bases siguientes:

La jornada máxima diurna no excederá de ocho horas, y de siete la de trabajo nocturno. Prohíbense para mujeres y hombres menores de diez y seis años, las labores insalubres o peligrosas; para ambos, también se prohíbe el trabajo nocturno industrial.

En los comercios no se trabajará después de las diez de la noche. Los jóvenes menores de doce años, no podrán trabajar por contrato. Los mayores de doce y menores de diez y seis, no trabajarán más de seis horas. Por cada seis días de trabajo, habrá uno de descanso, por lo menos.

Las obreras, durante los tres meses que precedan al parto, no harán trabajos de esfuerzo considerable y el mes siguiente al alumbramiento, descansarán forzosamente, recibiendo su sueldo íntegro y conservando su empleo con los derechos adquiridos. Durante la lactancia, tendrá dos descansos extraordinarios, por día, de media hora cada uno, para amamantar a sus hijos.

El salario mínimo de todo trabajador debe ser el suficiente para satisfacer las necesidades normales, de vida, educación y placeres honestos, considerado como jefe de familia. A trabajo igual debe corresponder salario igual, sin distinciones de sexo o nacionalidad. El salario mínimo está exceptuado de embargo, compensación y descuento. *En toda empresa agrícola, comercial, fabril o minera, los trabajadores tendrán derecho a una participación en las utilidades.*

El salario deberá pagarse en buena moneda y no con mercancías, vales, fichas o cualquier otro sustituto. El trabajo extraordinario, no excederá de tres horas, no comprenderá a las mujeres y jóvenes y se pagará en un ciento por ciento más de lo acordado para las horas normales.

Los patrones estarán obligados a proporcionar a los trabajadores, habitaciones cómodas e higiénicas, por las que podrán cobrar rentas que no excedan del medio por ciento mensual sobre el valor catastral. Igualmente deberán establecer escuelas, enfermerías y demás servicios, necesarios a la comunidad. Se les prohíbe a los patrones establecer expendios

de bebidas embriagantes y centros de juegos de azar.

Los patrones deberán indemnizar conforme a la ley, a los invalidados en las tareas y a los deudos de los que perecieron en el trabajo; esto, aun cuando hayan contratado por un intermediario.

Obreros y empresarios tendrán derecho de coaligarse en defensa de sus intereses, formando sindicatos, asociaciones gremiales, etc. Las leyes reconocerán como un derecho de los obreros y los patrones, las huelgas y los paros.

Las huelgas son lícitas si persiguen el equilibrio entre el capital y el trabajo. Son ilícitas si ejercen actos de violencia contra las personas o las propiedades.

Las diferencias y conflictos se resolverán por una junta de conciliación y arbitraje, integrada por igual número de los obreros y los patrones y uno más que nombre el gobierno.

El patrón que sin causa justificada despida a un obrero, está obligado a indemnizarle con el importe de tres meses de trabajo. Igual derecho goza el obrero si se retira por falta del patrón o por mal tratamiento recibido en su persona o en la de su cónyuge, padres, hijos o hermanos. En caso de quiebra de una empresa, son acreedores preferentes los obreros, por sueldos o jornales devengados. De las deudas del trabajador no responden sus familiares, ni se le puede exigir devolución por anticipos que excedan a un mes de trabajo.

El servicio por colocar trabajadores, será gratuito para éstos, ya sea aquel oficial o particular.

Es nulo, aunque se estipule por contrato, el compromiso por jornadas inhumanas o notoriamente excesivas; los que fijen salarios no remuneradores; los que estipulan un plazo mayor de una semana para recibir el salario; los que se paguen el café, fonda, cantina o taberna; los que obliguen a comprar mercaderías en determinada tienda; los que permitan retener el salario en concepto de multa; los que renuncien a la indemnización por accidentes del trabajo, así como cualquier otro derecho constitucional de los decretados a favor del obrero.

Las leyes dirán qué bienes constituyen el capital obligatorio o patrimonio de familia, los cuales no se podrán gravar ni vender y serán transmisibles a título de herencia, sin los trámites de los juicios sucesorios.

Se consideran de utilidad social: el establecimiento de cajas de seguros populares, de invalidez, de vida, de cesación involuntaria de trabajo, de accidentes y de otros fines análogos, por lo cual, los gobiernos deberán fomentar estas instituciones para infundir e inculcar la previsión popular. De igual consideración gozarán las sociedades constructoras de casas

higiénicas y baratas, si se destinan a ser adquiridas en propiedad, por los trabajadores, en plazos y condiciones accesibles y fáciles...

Por todo lo transcrito, aunque sin la exactitud del texto oficial, se llega a la convicción de que en México, amaneció antes que en ningún otro lugar del mundo, el derecho novísimo que persigue para el trabajador la mayor suma de bienestar posible, o siquiera el minimum de tormento añadido por la crueldad capitalista al infortunio de nacer desheredado de la riqueza.

Ahora se explica uno claro por qué

la nación azteca se empeñó en una guerra intestina sin cuartel ni treguas, entre el opresor de ayer y el redimido de hoy.

Todos, por el fenómeno del nacimiento, tenemos obligación de trabajar dentro del procomún. Pero esa obligación debe traer el efecto de vivir bien, porque el sólo hecho de haber nacido, nos da derecho a la felicidad.

FLAVIO GUILLÉN

(*El Imparcial*, Guatemala).

I. Los olivos

CUANDO el tumulto se alejó, desapareció en la noche, los olivos hablaron:

—Nosotros le vimos penetrar en el Huerto.

—Yo recogí una rama para no rozarlo.

—Yo la incliné para que me tocara.

—¡Todos le miramos, con una sola y estremecida mirada!

—Cuando habló a los discípulos, yo, el más próximo, conocí toda la dulzura de la voz humana. Corrió por mi tronco su acento como un hilo de miel...

—Nosotros enlazamos apretándolos los follajes, cuando bajaba el Angel con el cáliz, para que no lo bebiera.

—Y cuando lo apuró, la amargura de su labio traspasó los follajes y subió hasta lo alto de las copas. ¡Ningún ave nos quebrará más la hoja amarga, ahora más amarga que el laurel!

—En su sudor de sangre bebieron nuestras raíces. ¡¡Todas han bebido!!

—Yo dejé caer una hoja sobre el rostro de Pedro, que dormía. Apenas se estremeció. Desde entonces sé ¡oh hermanos! que los hombres no aman, que hasta cuando quieren amar no aman bien.

—Cuando le besó Judas, veló El la luna, porque nosotros ¡árboles! no viéramos el beso de un hombre.

—Pero mi rama lo vió, y está quemada sobre mi tronco con vergüenza.

—¡Ninguno de nosotros hubiera querido tener alma en ese instante!

—Nunca le vimos antes; sólo los lirios de las colinas lo miraron pasar. ¿Por qué no sombreó ninguna siesta junto a nosotros?

—Si le hubiéramos visto alguna vez, ahora también quisiéramos morir.

—¿Dónde ha ido? ¿Dónde está a estas horas?

—Un soldado dijo que lo crucificarían mañana sobre el monte.

Motivos de la Pasión



—Tal vez nos mire en su agonía, cuando ya se doble su cabeza; tal vez busque el valle donde amó y en su mirada inmensa nos abarque.

—Quizás lleve muchas heridas; acaso se halla a estas horas como uno de nosotros vestido de heridas.

—Mañana le bajarán al valle para sepultarlo.

—¡Que descienda todo el aceite de nuestros frutos, que las raíces lleven un río de aceite bajo la tierra, hasta sus heridas!

—Amanece. ¡Han emblanquecido todos nuestros follajes!

II. El beso

La noche del Huerto, Judas durmió unos momentos y soñó, soñó con Jesús, porque sólo se sueña con los que se ama o con los que se mata.

Y Jesús le dijo:

—¿Por qué me besaste? Pudiste señalarme clavándome con tu espada. Mi sangre estaba pronta, como una copa, para tus labios; mi corazón no rehusaba morir. Yo esperaba que asomara tu rostro entre las ramas.

¿Por qué me besaste? La madre no querrá besar a su hijo porque tú lo has hecho, y todo lo que se besa por amor en la tierra, los follajes y los soles, rehusarán la caricia ensombrecida. ¿Cómo podré borrar tu beso de la luz, para que no se empañen o caigan los lirios de esta primavera? ¡Hé aquí que has pecado contra la confianza del mundo!

¿Por qué me besaste? Ya los que mataron con garfios y cuchillas se lavaron: ya son puros.

¿Cómo vivirás ahora? Porque el árbol muda la corteza con llagas; pero tú, para dar otro beso, no tendrás otros labios, y si besases a tu madre encanecerá a tu contacto, como blanquearon de estupor al comprender los olivos que te miraron.

Judas, Judas, ¿quién te enseñó ese beso?

—La prostituta, respondió ahogadamente, y sus miembros se anegaban en un sudor que era también de sangre, y mordía su boca para desprendérsela, como el árbol su corteza gangrenada.

Y sobre la calavera de Judas, los labios quedaron, perduraron sin caer, entreabiertos, prolongando el beso. Una piedra echó su madre sobre ellos para juntarlos; el gusano los mordió para desgranarlos; la lluvia los empapó en vano para podrirlos. Besan, ¡siguen besando aún bajo la tierra!

GABRIELA MISTRAL

(Del tomo *Desolación*, 1923. Editorial NASCIMENTO. Santiago de Chile).

El Consultor Bibliográfico

Director: J. C. Del Giudice

Colaboración original de los más prestigiosos escritores de la Península y de América. Extractos de los mejores libros. Noticias, vida literaria, bibliografía mensual clasificada.

100 páginas de texto cada mes por 5 pesetas al año.

Administración: Muntaner 328. Barcelona. (España).

Revista Bimestre Cubana

Publicación Enciclopédica

Editada por la

SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS

Director:

FERNANDO ORTIZ

Suscripción anual: \$ 3.00

HABANA, CUBA

La transfiguración de Jesucristo

Amaos los unos a los otros...

DICE el Evangelio de este segundo Domingo de Cuaresma, que Jesucristo invitó a tres de sus apóstoles, y se encaminó con ellos al Monte Tabor.

Llegados a la cumbre, Jesús se transfiguró en su presencia. «Y su rostro resplandeció como el sol y sus vestiduras aparecieron blancas como la nieve».

Fué tal el entusiasmo producido en el ánimo de los discípulos, por la visión de su Maestro transfigurado, que, no resignándose a perder tan hermoso espectáculo, invitan a Jesús a quedarse en el monte y levantar allí sus tiendas. Y tomando Pedro la palabra, dijo a Jesús: «Señor, bueno será que nos quedemos aquí»...

* * *

La transfiguración material de Jesucristo es un emblema de la transfiguración moral que hemos de realizar en nuestros espíritus.

¡Y vaya si necesitamos cambiar de figura moral en los instantes que atravesamos!

En Chile todos o casi todos nos llamamos cristianos, pero de tales sólo nos va quedando el nombre: de nuestras almas se ausenta cada día más el verdadero espíritu de Cristo.

¿Qué son nuestros corazones? Sentinas de odios y rencores inextinguibles, que preparan y atizan la guerra permanente en que vivimos.

¿Qué es, mientras tanto, el Cristianismo? Surtidor eterno de bondad, de perdón, de paz.

Y no obstante, tenemos la audacia de creernos y declararnos Cristianos.

La observancia de algunas prácticas, la aceptación de ciertas fórmulas hacen incurrir en la ilusión de que se sigue a Jesús, cuando realmente lo que se hace es arrastrar a Cristo tras el carro de las pasiones desencadenadas, de las injusticias, de los odios y deseos de venganza.

El Occidente, con su política imperialista, sus cañones 42 y su culto de la materia ha logrado casi apagar en las conciencias el eco de las enseñanzas cristianas.

Entre nosotros, por circunstancias atávicas especiales, a saber, por nuestra descendencia de dos razas esencialmente guerreras, el espíritu de Cristianismo se ha deformado más aun: somos cristianos esencialmente violentos y combativos, o, lo que es lo mismo, somos creyentes que no ponemos en práctica la doctrina que profesamos.

Abramos el Evangelio, para confir-

mar nuestra tesis, acerca de la urgencia de transfigurar nuestros espíritus.

Se acercan a Jesucristo algunos doctores de la Ley y le preguntan cuál es el más importante de los Mandamientos: El Maestro responde: «Amarás al Señor tu Dios y al prójimo como a ti mismo».

En otra oportunidad, en la última Cena, lecho de muerte de Jesús donde hizo a sus discípulos los encargos que hacen los padres a sus hijos en el instante de la suprema despedida, el Maestro habla otra vez del amor y a este precepto lo declara *su precepto* por antonomasia: «Este es mi precepto: Amaos los unos a los otros como yo mismo os he amado».

Más aún: Cristo quiere que el amor al prójimo sea como la piedra de toque, para conocer a sus creyentes: «En este Amor conocerán que sois mis discípulos».

A sus palabras para encarecer la importancia de su precepto, añade Cristo rasgos inequívocos de su conducta, que demuestran la importancia primordial que a él atribuye.

Durante su apostolado, él perdonó con relativa facilidad todas las flaquezas y debilidades humanas.

A Zaqueo, jefe de los publicanos, o sea, el príncipe de los usureros y ladrones, que se ha trepado a un árbol para divisar siquiera al Maestro que pasa, Jesús lo invita, lleno de bondad y misericordia: «Baja del árbol, Zaqueo, hoy me hospedaré en tu casa».

A la mujer adúltera o Magdalena pecadora, la defiende contra sus acusadores, y la despide purificada con un brevísimo «No queráis pecar más».

En cambio, a los escribas y fariseos, hombres insidiosos y mezquinos de espíritus, tan observantes de las exterioridades legales como vacíos de cualquier sentimiento de piedad hacia Dios o sus hermanos, a ellos los fustiga Jesús sin tregua, y casi añadiríamos sin misericordia, durante los tres años de su vida pública: «Raza de víboras, los llama; sepulcros blanqueados, hermosos por fuera, y llenos de podredumbre en su interior».

Mientras Cristo se muestra benigno con los ladrones o con las que han prostituido su cuerpo, permanece inexorable con los que prostituyen su espíritu, que no otra cosa significa abrigar sentimientos de envidia u odios contra el prójimo.

* * *

Este amor impuesto por Jesús a sus creyentes no debe reconocer fronte-

ras. Todo hombre, cualesquiera que sean su raza, sus ideas o creencias debe ser objeto de nuestros buenos sentimientos y deseos.

Querer el bien de los parientes, amigos o correligionarios es algo a que impulsa naturalmente el corazón.

Cristo añadió algo más.

En el Sermón de la Montaña, carta fundamental del cristianismo, él nos impone su gran precepto:

«Habéis oído que fué dicho: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Mas yo os digo: Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian y rogad por los que os persiguen y calumnian; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace brillar el sol para los buenos y los malos y caer la lluvia sobre el campo de los justos y los pecadores. Si amáis a los que os aman ¿qué recompensa mereceréis? ¿no hacen esto los publicanos? Y si saludáis solamente a vuestros amigos ¿qué esfuerzo realizáis? ¿no hacen lo mismo los paganos?»

El amor a los enemigos en la enseñanza de Cristo no es un simple consejo: es una condición indispensable para que Dios admita nuestros obsequios y perdone nuestras caídas.

«Si al llevar tu ofrenda al altar, dice Jesús, recuerdas que has agraviado a tu hermano, anda primero a reconciliarte con él, y después presentarás tu ofrenda».

¿Y quién no sabe de memoria esa promesa de amar a nuestros enemigos que renovamos con frecuencia, al pedirle a Dios que perdone nuestras deudas, «así como nosotros perdonamos a nuestros deudores?»

En presencia de tan categóricas declaraciones de Jesús ¿qué pensamos de la conducta social y política que observamos en estos momentos? ¿quedamos satisfechos de nuestro cristianismo? ¿vacilaremos aún en transfigurar cuanto antes nuestros espíritus?

Meditemos una respuesta honrada y generosa, durante este segundo Domingo de Cuaresma.

Por si las reflexiones anteriores fueran estériles para amortiguar los odios y rencores que nos dividen ¿no deberá influir en nuestro criterio positivista el hecho de que tales pasiones nos amargan la existencia, perturban nuestra felicidad y nos privan de la libertad?

La esclerosis y las congestiones hepáticas que acortan la vida entre nosotros, más que a las condiciones defectuosas de alimentación o de clima, se deben al exceso de animosidades y al ambiente moral envenenado que respiramos continuamente.

Ser benévolo, olvidar y perdonar son los secretos higiénicos para la salud del cuerpo y del alma.

La tiranía política que pesa sobre nosotros es la consecuencia inevitable de la tiranía espiritual que el odio había implantado desde tiempo atrás en nuestras almas.

Los estados de sitio, que coartan nuestros movimientos exteriores ¿no se derivan del estado de sitio declarado en nuestros espíritus por el odio, tirano que controla y dirige nuestros sentimientos y actividades?

La espada que se cierne sobre nuestras cabezas, ¿no es engendro del odio, que devora a la humanidad desde tiempos milenarios?

No recobramos la paz y la normalidad políticas, mientras no se restablezcan la paz y la normalidad en nuestros espíritus; y no alcanzaremos el goce de las libertades ciudadanas hasta que nuestras almas derroquen la tiranía del odio que las subyuga. La vida exterior es tan sólo un reflejo de los sentimientos que agitan nuestra vida íntima.

Si imitando la transfiguración material de Cristo, transfiguramos nuestro ser moral, de acuerdo con sus preceptos de justicia, de serenidad y amor, podemos estar ciertos de recu-

perar la paz que todos ansiamos; y entonces la belleza y el agrado de nuestra vida serán tan atrayentes, que todos a una exclamaremos como el apóstol Pedro, en presencia de su Maestro transfigurado: «*Bueno será que permanezcamos así, saboreando la dulzura de vivir amándonos como hermanos*».

Así sea.

ALEJANDRO VICUÑA P.
Presbítero

(La Nación, Santiago de Chile).

Los últimos resplandores de la tarde van muriendo tras los lejanos montes de Samaria, y las praderas esmaltadas se tornan melancólicas, envueltas en el tibio ensueño del crepúsculo. Las altas copas de los cedros se mecen cadenciosas. Rumor de selva, murmurio de fuentes y emanación delicadísima de lirios silvestres, llenan el ambiente y convierten en medio triste y fantástico el paraje solitario y la extensión de las campiñas. El aletear de un ave entre las hojas vuelve lóbrego el paisaje... Algo sobrenatural va a suceder en la silvestre llanura llena de emparrados naturales, salpicada de hojas secas y de pétalos de lirios transparentes...

Suena un rumor de pasos rítmicos y cadenciosos, y aparece un hombre por entre la verdura del campo, medio envuelto en mágica penumbra. Camina lento, con un báculo dorado en sus enjutas manos; le cubre blanca túnica ceñida por rústico cinturón de piel de camello; su mirada penetra el azul profundo del espacio; lleva en sus labios, dulce y melancólica sonrisa. En el fulgor de sus pupilas hay un destello de amor, y son ellas azules como el mismo azul del firmamento. Llega hasta un grupo de altas palmeras que columpian su follaje cerca de un pozo. ¿Espera...? ¿A quién? Lo cierto es que espera porque es el Maestro, es Jesús, y Jesús el Maestro Divino siempre espera... con los dulces ojos en el firmamento, pringado de estrellas, con un triste ruego en la mirada...

El ramaje se agita. Por un sende-rito angosto que viene desde las faldas de un monte cercano, camina una mujer hermosísima, de grandes ojos negros, de pie pequeño, de talle esbelto, de cutis terso y sonrosado como el de las vestales, y de labios rojos como las amapolas de los prados. Su andar es arrogante y sus miradas tienen melancolía y majestad. Camina distraída, parece que medita, revela su semblante algo así

Junto al pozo

Para el REPERTORIO AMERICANO



como una lucha interna, quizá entre su corazón y su conciencia, entre su voluntad y su razón.

Es Sarahi, la mujer bíblica, orgullosa y vana que a tantos pintores y poetas ha inspirado. Es Sarahi, que sólo piensa en la felicidad terrena, que presiente ya la grandeza del amor, que le traerá el amado a su regreso, en «ánfora oriental», repleta de caricias, que como perlas se desgranarán sobre su alma enamorada. ¡Ah! pero es Sarahi, la mujer que también oía desde algunos días dentro de su alma, en lo más íntimo, la voz de la conciencia que le gritaba: «desdichada, tus caprichos han sumido en la desgracia a una familia entera. Los padres de tu amado lloran por tu maldad». Esta es la lucha que maltrata su espíritu, pero el deseo de felicidad la vuelve ciega. Llega junto al pozo para llenar un cántaro egipcio que lleva en la cabeza. Una voz dulce llega a sus oídos y se oye llamar por su propio nombre.

Sus carnes sonrosadas tiemblan como pétalos mecidos por el cierzo nocturno. Su mirada se levanta y entonces, al resplandor del crepúsculo moribundo, sus grandes ojos negros se encuentran con las dulces pupilas de Jesús. Todo su ser se conmueve ante el fulgor de su mirada azul como lo más profundo de los mares. Procura calmar su turbación y termina de llenar su ánfora que luego pone sobre su cabeza y se dispone

a partir, cuando de nuevo oye la voz misteriosa del Maestro que le pide de beber. Sarahi siente todas las facultades de su alma levantarse ante aquella voz extraña y divina; se agita como la flor sobre el tallo mutilado, pero reanimándole quizá la osadía de aquel hombre galileo, contesta con dureza, con frase negativa y alega después que nunca un galileo ha tenido trato alguno con una mujer de su raza.

Jesús entonces con su palabra llena de verdad y de amor, enseña a la altiva mujer de Samaria el camino que conduce al agua de la vida, una agua muy distinta a la del pozo, de los mares y los ríos. «El agua de que te hablo—le dice—salta hasta la Vida Eterna. Es aquél que de esta agua toma el que en mí cree, y el que cree salvo será».

Sarahi no comprende porque para ella no había más agua que la del pozo, la que llevaba todos los días en su cántaro, ni más felicidad que la que venía del amado. Pero es lo cierto que dentro de su alma ha tocado la palabra de Cristo con más misterio que la vara de Moisés sobre la roca que hizo brotar una fuente. La palabra de aquel galileo de cabellera blanca y de pupila azul encrespó la espuma de un extraño oleaje en el mar de la vida. ¿Cuál es esa agua y cuál esa Vida Eterna, ante la cual se estrella la felicidad de la tierra? Quién sabe, pero aquella palabra no es mentirosa y una daga desconocida se ha clavado en su corazón, y su vida es nueva. Levanta confusa, de nuevo, su mirada para interrogar al sabio que con tres palabras tan sólo cambió su mundo interno, su historia de amor y su existencia; pero ya no le encuentra junto al pozo. Su blanca figura desaparece ya tras el grupo de palmeras, dejando confusa a la mujer altiva, que más tarde con su padre y con su amado recorrería el desierto entre las multitudes en busca de la palabra de Verdad. ¿Cómo explicaría al enamo-

rado aquel prodigio? ¿Podrían creerle a ella, amante y pecadora?

Sarahi toma su cántaro y vuelve a seguir por el angosto sendero regado de albos lirios que perfumaban más el ambiente. El viento agitaba mucho las altas palmeras. La noche

ensombrecía ya del todo la campiña. La tarde había muerto. La visión se había desvanecido. Pero los hermosos ojos de la Samaritana contemplaban aún la blanca figura de Jesús, y el eco de aquella voz misteriosa resonaba en sus oídos diciéndole: «El

agua de que te hablo, no es como el agua de los pozos, ni de los ríos, ni de los mares... Quien la toma cree, y quien cree será salvo»...

Oro y Azul

San José. Costa Rica, 1926.

Espera

Hermano, antes que estén tus cabellos plateados,
y antes que los rosales florezcan nueve veces,
su sandalia callada pisará los caminos
de este mundo demente.

Antes que pasen estas bellas batallas tormentosas
y que las llamaradas de los rencores cesen,
caerán en las tristes cabezas de los hombres
sus palabras celestes.

Antes que al mundo vengan los hijos de mis hijos,
y antes que yo me vaya camino de la muerte,
El abrirá las puertas de todos los misterios
con sus ojos ardientes.

Hombre del mundo, escucha el lejano rumor
de sus pasos que se oye cuando va a amanecer,
y mira su palabra en la santa humildad
del pan y de la miel.

Escúchalo venir en la inmensa inquietud
de nuestro corazón que no quiere morir,
y en el dolor del mundo que llora de hambre y sed,
contempla su perfil.

Con el pecho rasgado por la lanzada oscura,
la boca todavía húmeda con la hiel,
la corona de espinas sobre las sienes albas,
¡va a bajar de la cruz Jesús de Nazareth!

Nuestras noches son rojas, negros son nuestros días.
¡Se están cumpliendo todas las santas profecías!

En este siglo de hambres, de guerras y de peste
¿cómo no ven flotar su túnica celeste?

Yo ya siento venir sus palabras mejores,
en el surco, en el agua, en el pan, en las flores,
en las buenas acciones y en las almas sencillas...
Y tengo mi pequeño corazón de rodillas.

Dicen las Escrituras que cuando Cristo vino
ninguno lo sintió pasar por el camino.
La gente lo miraba, y no lo conocía...
¡Estaba ciega, ciega, bajo la luz del día!

Hija mía, más suave que una caricia leve,
más pura y transparente que el agua de la nieve,
no quiero que tú puedas cerrar tus manos ante
su mano suplicante.

Porque puede llegar un día de tu vida,
día tedioso y largo sin angustia ni afán,
en que llegue a tu puerta un mendigo, y te pida
un pedazo de pan.

Y si tú en ese breve momento de tu vida,
te hallaras distraída,
sin fijarte en su humilde mano abierta,
y sin oír las voces de tu corazón fiel,
volverías la cara, cerrarías la puerta
¡y podría ser EL!

DANIEL DE LA VEGA

(*El Mercurio*, Santiago de Chile).

“Dioses sois”

Somos el aire y la tierra y el fuego,
somos la eterna y divina potencia,
clave de todo el profundo secreto
que en los espacios los mundos sustenta!
¡Somos el aire y la tierra y el fuego!

¡Nada hay más hondo que nuestro silencio!
Noches eternas de soles extintos
son una sombra y un vago reflejo...
¡Nada hay más hondo que nuestro silencio!

¡Somos compendio de todo el misterio:
Dante traspasa el umbral de la muerte;
de los infiernos subió hasta los cielos!
¡Somos compendio de todo el misterio!

¡Luz y potencia nos vienen del Verbo!
Voces de océanos, fragor de tormentas
no se comparan con el pensamiento
que ata y desata los cósmicos lodos!
¡Luz y potencia nos vienen del Verbo!

Desde el principio hasta el fin recorremos,
como las aguas que van a los mares:
las apariencias nos cambian los medios;
vidas y muertes y renacimientos,
desde el principio hasta el fin recorremos.

¡Todo lo creado es un sabio concepto!
Surgen del Caos las formas, las leyes
rigen de un modo divino y perfecto.
¡Todo lo creado es un sabio concepto,
nada en sí mismo es impuro y abyecto!

Fuego divino robó Prometeo,
fuego que nunca sus llamas apaga,
Dios hecho carne que vive en mi cuerpo!
El es la llama que va en mi conciencia,
y abre sus alas en el caduceo
sobre la espira de doble serpiente!

CARLOS LUIS SAENZ

San José. Costa Rica.—20—XI.—921.

Estos cuentos son admirables en su concisión pintoresca, en su color, en su movimiento, porque Ventura García Calderón es un cuentista de raza, de una observación aguda y de realismo sobrio y fuerte. Los indios de sonrisa misteriosa y de silencios inquietantes están extrañamente vivos en su lucha solapada contra su amo de otra raza, cuya figura nos dibuja Ventura García Calderón en trazos igualmente penetrantes. Estos cuadros o episodios de costumbres peruanas honran verdaderamente el talento de Ventura García Calderón, cuyos poemas y estudios críticos son, con gran justicia, celebrados en toda la América latina. Por lo demás, estos cuentos pudo escribirlos directamente en francés el Sr. García Calderón. Conozco el encantador prefacio que escribió en nuestra lengua para presentar una selección de «coplas» españolas, bajo el título de *La Sérénade aux guitares*. Coplas y cuentos habrían encantado a un Merimée, quien se hubiese creído emparentado con el espíritu narrativo de García Calderón.

HENRI DE REGNIER

(*Le Figaro*).

Estos cuentos son magníficos. Brío, colorido, interés, todas las verdaderas cualidades del gran novelista se encuentran en las páginas tan humanas de *La Venganza del Cóndor*.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

(Prefacio a la edición inglesa de *La Venganza del Cóndor*)

(*New York Herald*, edición de París y *Comœdia*).

Debemos clasificar a Ventura García Calderón entre los primeros cuentistas de hoy.

No me extrañaría nada que su colección de cuentos, entre los que hay varias obras maestras—*Yacu Mama*, *Chamico* y *La llama blanca*—fuese muy pronto célebre entre nosotros. Lo merece.

JEAN VIGNAUD

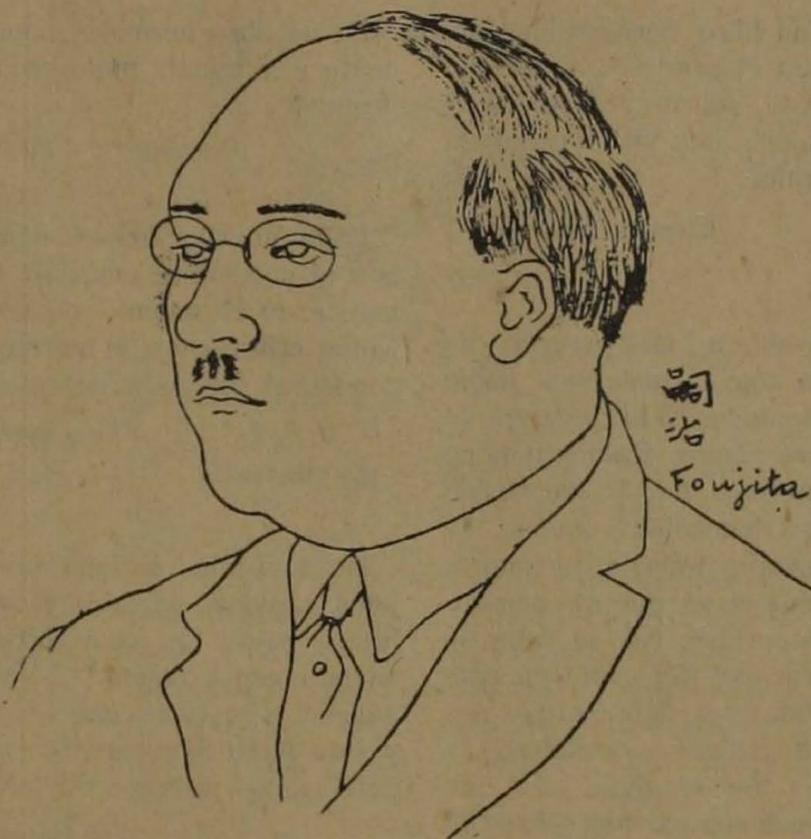
(*Le Petit Parisien*).

García Calderón hace por el Perú lo que Rudyard Kipling por el Indostán.

MAURICE DE WALEFFE

(Del artículo «El General Mangin y los encantamientos de los Incas», de *Paris-Midi*).

La Venganza del Cóndor y la prensa francesa



Ventura García Calderón

(Dibujo de FOUJITA).

Calderón entreabre aquí el más extraño resumen de exotismo de estos diez últimos años.

ADOLPHE FALGAILLOLE

(Del artículo «Un nuevo exotismo», de *Le Journal Littéraire*).

La Venganza del Cóndor es un corto y penetrante relato que da título a la obra, en la que hallamos veinte cuentos de una cualidad excepcional de color y de fuerza.

GUILLOT DE SAIX

(*Le Petit Bleu*).

Los aficionados a relatos exóticos encontrarán en *La Venganza del Cóndor*, de Ventura García Calderón, alegrías singulares traducidas notablemente del español—unas por Max Daireaux y otras por Francis de Miomandre—estas breves novelas, en su concisión soberana, forman cuadros extraños.

Nos traen relatos salvajes, bárbaros, crueles y magníficos de las misteriosas regiones del Perú. Son epopeyas extrañas, llenas de una grandeza feroz, y que, recogidas en algunos trazos, imponen visiones ricas de color y de acento. Hay algunos relatos inolvidables, enteramente nuevos y de una

forma brillante. Es un libro extremadamente notable y, en su género, uno de los más curiosos que hayamos leído desde hace mucho tiempo.

PIERRE LOEWEL

(*L'Eclair*).

Filósofo sonriente, poeta y cincelador notable de la frase, el autor de *La Venganza del Cóndor*, que la crítica parisien se acaba de acoger con tanto entusiasmo, es uno de los escritores latinos de hoy de quien Francia puede con justicia enorgullecerse de contar entre sus amigos.

HOMER CHRISTO

(Del artículo «La Venganza del Cóndor», de *L'Eclair*).

Ventura García Calderón es un cuentista notable; notable por su concisión, por su facilidad y por la rapidez de su puntería... Tiene el sentido innato de lo trágico... Sus cuentos valen especialmente por lo patético, por la violencia de los sentimientos expuestos, por un cierto sentido teatral esencialmente latino, al que se une aún lo dramático de la naturaleza y del pasado.

EDMOND JALOUX

(*Les Nouvelles Littéraires*).

Hay en estos cuentos una riqueza, una intensidad propias del genio español... El Sr. García Calderón nos cuenta sus historias de exaltación y de fiebre con la precisión elegante y clarividente de un Maupassant.

NICOLÁS SEGUR

(*Revue Mondiale*).

Por su color y su relieve estos relatos son de un maestro.

(*Le Progrès Civique*).

Estos cuentos peruanos de intensísimo color nos presentan una imagen extraordinaria de las selvas del Perú, que es curioso comparar con la de Kipling.

FRANÇOIS PORCHÉ

(*Paris-Midi*).

Libro extraño y cautivante... Sus imágenes se graban en la memoria con invencible fuerza... Por su vivacidad, por su raro color y su elocuencia directa el estilo de García Calderón recuerda el de Kipling y el de Jack London. Pero se mezclan a estos vivos colores la delicadeza, la maestría literaria y el gusto más puro de un Merimée. La América latina no ha usurpado su calificativo. Tan audaces, tan nuevos, tan vigorosos como los de los anglosajones, los relatos de un peruano selecto conservan una aristocracia de forma, una medida y un sentido sutil de la composición que ignoran los pueblos demasiado jóvenes. Todo es aquí agilidad, fineza e inteligencia.

(*L'Impartial Français*, en sus dos páginas de literatura consagradas a la *Venganza del Cóndor*).

Estas historias son verdaderas obras maestras por la sobriedad de su ejecución y su real sensibilidad humana.

ANTOINE ALBALAT

(*Le Journal des Débats*).

La concisión de estas páginas dramáticas es superior a la concisión tan alabada del autor de *Carmen*. Se piensa, leyéndolas, en un Merimée que se hubiera enamorado del color local, y a veces, también, en un Alfonso Daudet cuyo molino estuviera situado en el Cuzco o en Hua-

machuco, en el país de Santa Rosa de Lima.

FRANÇOIS PRIEUR

(*Le Petit Provençal*).

Arte simple, poderoso y noble que refresca nuestra imaginación. El nombre del autor se agrega al de los escritores extranjeros que, recientemente, han excitado y satisfecho nuestra curiosidad por el tesoro de historias que sólo ellos saben contar.

JEAN CASSOU

(*Nouvelle Revue Française*).

Dos libros *La Venganza del Cóndor* y *Relatos de la vida americana*, en que Ventura García Calderón, el gran poeta peruano, acaba de reunir las más hermosas historias consagradas por los escritores de América latina y por él mismo a la vida pastoral y guerrera de sus compatriotas. ¡Qué grandes relatos! ¡Qué soplo de aire puro entre nuestros conciudadanos que tienen hasta en sus venas el agua del arroyo de sus ciudades! ¡Qué contra-veneno para el espíritu parisiense!

HENRY DE MONTHERLANT

(*L'Intransigeant*).

En su volumen intitolado *La Venganza del Cóndor* cuya traducción francesa acaba de publicar, Ventura García Calderón ha reunido una veintena de cuentos peruanos que le colocan enseguida en la primera fila de los cuentistas contemporáneos. La sobriedad, la fuerza, el acento son de un maestro, y la crítica, a menudo lenta para discernir los valores literarios, no se ha equivocado esta vez.

MAX DAIREAUX

(*France-Amérique latine*).

Estas novelas son de un color y de una aspereza admirables.

PIERRE MILLE

Es un libro hermosísimo que acredita el arte más firme del cuentista, sobrio y brillante, y que aporta una visión poderosa y extraña.

CAMILLE MAUCLAIR

He ahí, a mi parecer, un cuento como jamás nos había sido contado. El libro entero de Ventura García Calderón tiene este acento. Da la impresión de una humanidad nueva, de un universo todavía inexplorado, pero en el que se penetra con seguridad. No se duda de la veracidad del cuentista porque todos los detalles que nos refiere parecen verdaderos y lógicos. Se le sigue con una confianza maravillada, felices de que la verdad pueda ser aún tan bella, tan pintoresca y tan inesperada. Ventura García Calderón merece nuestro agradecimiento.

EUGÈNE MONTFORT

(*Les Marges*).

Hay en este libro como un nuevo sueño y una puerta de estilo sobre los misterios de las razas y de las religiones.

JEAN DE GOURMONT

¿A qué naturaleza, pura como las primeras edades del mundo, nos lleva Ventura García Calderón? La alta montaña y la floresta virgen, con toda su fauna, con sus saltos de tigres, vuelos de cóndores, deslizamiento de reptiles. Toda esta vida fuerte pasa en estas páginas breves, rebosantes de savia

y de movimiento, de color y de encanto.

LES TREIZE

(*L'Intransigeant*).

Es un libro hermoso, emocionante y original, pintoresco y profundo.

(*La Semaine à Paris*).

Estas novelas breves contienen el máximo de emoción dramática en el mínimo de texto. Noble criterio por el que se reconoce al cuentista de calidad.

GUS BOFA

(*Le Crapouillot*).

He aquí una veintena de relatos rápidos, salvajes y sombríos, entre los cuales recomiendo especialmente *La Momia*, *La Venganza del Condor* y *Don Vidal Samanés*. Por otra parte, todos merecen ser leídos.

(*Le Petit Journal*).

De estos cuentos y de estos relatos se desprende una poesía que, por su magia, me ha cautivado enteramente.

CHARLES DE SAINT-CYR

(*Le Journal Littéraire*).

Cuanto gustan de las bebidas fuertes deben leer este volumen.

LOUIS PAYEN

(*La Patrie*).

Quien comience el libro no lo dejará sin haberlo terminado. Y García Calderón tendrá un admirador y un amigo, que esperará con impaciencia nuevas traducciones, que se desean como se anhelaría un hermoso regalo de flores y de pedrerías.

ANDRÉ CHAUMEIX

(*Le Gaulois*).

Un cuentista y un escritor de primer orden. Estos breves relatos, como recogidos sobre sí mismos, saltan, por así decir, a la imaginación del lector y le arrebatan de tal modo que ya no puede dejarlos.

(*L'Opinion*)

Ventura García Calderón tiene el espíritu claro y despierta la sensibilidad. Nos hace vivir las costumbres de su país con unas descripciones tan atractivas que mucho temo por los desgraciados que, habiéndolo leído, no sientan un deseo incontenible de partir para el Perú.

RENÉE DUNAN

(*Le Thyrsé*).

Es un elixir de exotismo...

FRANCIS DE MIOMANDRE

(*L'Europe Nouvelle*).

Paul Dermée, el eminente crítico de la T. S. H. que ha presentado por la radiotelefonía, desde la Torre Eiffel, *La Venganza del Cóndor*, envió al autor la carta siguiente:

«He tenido el placer de presentar con entusiasmo, el 14 de este mes, su admirable libro *La Venganza del Cóndor*.

El ardor, el raro dominio en la dirección del relato, la sátira y, por último la novedad maravillosa de los temas y de la imaginación: he ahí, mi querido colega, lo que hace de *La Venganza del Cóndor*, uno de los libros más hermosos publicados en el mundo por nuestra generación.

Su admirador y amigo,

PAUL DERMÉE».

Estudios

Revista bimensual de estudios sociales

Órgano de la Secretaría de Educación Pública de Panamá

Director Fundador:

Doctor OCTAVIO MÉNDEZ PEREIRA

Jefe de Redacción: Licenciado MANUEL ROY

Administradores:

ALBERTO L. RODRÍGUEZ y AGUSTÍN FERRARI

Apartado de correo, N° 320, Panamá

Número suelto: un colón.

Se aceptan suscripciones en la Librería ALSINA

Mercurio Peruano

Revista mensual de Ciencias Sociales y Letras

Director: VÍCTOR ANDRÉS BELAUNDE

Número suelto Un SOL

Lima, Perú.

Alfar

Mensuario

Director: JULIO J. CASAL

Cantón Pequeño, 23. La Coruña, España.

LA COLOMBIANA

Francisco A. Gómez Z.

Se trasladó frente al Pasaje Jiménez local que ocupó «La Parra»

Ofrece a sus clientes y al público en general un surtido de casimires en gabardinas.

Cuenta con buenos operarios para la confección de sus trajes.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

En la tierra de Renán

Un día no lejano Maurice Barrés lanzó un grito de alarma con motivo de la manera irrespetuosa con que se trataban los templos, al aplicar en las parroquias de Francia la famosa Ley de separación de Waldeck-Rousseau, y hasta llegó a hablar de vandalismo. Briand, Jefe del gobierno entonces, contestó en la Cámara victoriosamente a Barrés.

Si Renán viviera sería él, estoy seguro, quien levantaría hoy no un grito sino un clamor elocuentísimo en favor de las pobres iglesias de Bretaña, que ven, en medio de la indiferencia general, agrietarse sus muros sin que nadie pueda juntarlos ya, caer de sus techos las pizarras, que ninguno querrá alzar y volverlas a su puesto, y desbaratarse sus puertas a fuerza de estar siempre abiertas a la intemperie. Las torrecillas casi no se ven del liquen y la hiedra y las campanas parecen tiritar de frío. Estatuas de santos, bajo relieves, obras de talla, capillitas y altarcitos oscuros donde tantas generaciones de aldeanos bretones se postraron, que fueron el orgullo de la comarca, el alma y la belleza del paisaje, todo va desapareciendo, y es conmovedor ver penetrar aún a esos santos recintos, que amenazan ruina, a las sencillas campesinas, fieles a la religión de sus padres.

Dentro de poco tiempo la Bretaña no será ya el país pintado por su gran poeta Brizeux:

Pays de bruyères, de bois,
De chapelles sans nombre et de petites croix.

La Revolución, que fué un terremoto en este país, ha continuado su obra silenciosamente. Hacia París desfilan vagones repletos de piedras antiquísimas, muebles, retablos, estatuas, todo impregnado de un aroma de poesía y de fe; santos tan hechiceros en la tosca e ingenua rusticidad que les dió su escultor, tan curiosos por la expresión étnica de sus tipos, y que, fuera de su propio ambiente, lejos de sus campos y de los buenos labriegos que los adoraban en mudo arrobamiento, irán a enriquecer un museo de antigüedades, o la colección de un estragado millonario que jamás comprenderá la inefable ternura que inspiraron en seres pobres de cosas materiales, pero ricos de bondad e ilusión que, quizá, vale más que todo.

Por miles se cuentan las iglesias de que no existen ni ruinas y por miles las que apenas se tienen en pie y diariamente van cayendo en pedazos. Desaparecerán los antiguos santuarios de la Bretaña, «el país de los Par-

7. La gran piedad de las iglesias de Bretaña



done», víctimas del olvido del sentimiento religioso y del espíritu nuevo, como desaparecieron, uno tras otro, los templos de los antiguos Númenes que hicieron digno al hombre y la vida encantadora.

Los viejos santos, llenos de bondad, que consolaron a los hijos de la Bretaña en mejores tiempos, se van para siempre, y con ellos las «casas de oraciones», tan dulcemente descritas por Renán, y, para castigar a sus fieles ingratos,

...le rêve celte au front,
Et, s'essuyant les yeux avec leurs barbes,
grises,
Dans leurs anges de pierre ils se rembarqueront.

Y con las iglesias se acaban también los *Menhires* y los *Calvarios*, monumentos característicos de la Bretaña.

Los *Menhires* son piedras grandes y largas clavadas en la tierra, generalmente en lugares altos, y cuyo origen es druídico, los más antiguos habitantes de las Galias. De ellos hay muchos célebres: el Menhir de Penvera, de Trebeurden, de Plougrescant, etc., todos con su respectiva leyenda.

Quizás, como imitación, vinieron en la época cristiana, los *Calvarios* que se ven por todos los caminos y veredas de Bretaña, y de los cuales los más famosos, los más dramáticos, son los de Guimilian, Pleyben, Plougonver, Tronoeu-Penmars'h y de Plougastel, que hacen desfilar, en sus pedestales, y a la sombra de la cruz, las panateneas cristianas.

Otras veces los *Calvarios* acompañan a las iglesias, pobres iglesitas bretonas bajas y como agarradas a la tierra para mejor resistir el furor de las tempestades. Así es la que se alza en *Puerto Blanco*, construída en el siglo XVI, y consagrada a *Notre-Dame du Port-Blanc*. Una vieja canción la canta así:

«Siete navíos, que bogaban a la par, dejaron el puerto de Londres e hicieron vela hacia la Baja Bretaña, con el designio de desembarcar y de pasar a cuchillo al pueblo.

»Pero Nuestra Señora María de *Puerto Blanco*, que tiene su casa en

la colina, vió a los ingleses y no dejó matar a su pueblo.

»Al rededor de su capilla crecen los helechos, y con esos helechos hizo más de diez mil soldados que impidieron desembarcar a los ingleses, y así, los piratas huyeron».

Los *Calvarios* conmemoran algún gran beneficio recibido de los Santos, y, a veces, son también erigidos en señal de protesta o reparación de alguna culpa. De ahí que cuando se inauguró en Tréguier la estatua de Renán se levantara uno lujoso, pero igual en su forma a todos los demás, costado por los vecinos piadosos, que son la mayoría, y al decir piadosos no quiero decir católicos, porque aquí hay religión vernácula. Los buenos santos bretones son tan numerosos como las arenas del mar, y se llaman San Yvo, San Jorand, San Mathurin, San Briec, San Tugdual, San Lubín, San Meen, San Libertin, San Huar-niaule, etc.

Al frente del *Calvario* de Reparación están las estatuas de piedra de algunos de esos santos, y, en medio, una gran cruz, también de piedra, con el Cristo. A su lado, los dos ladrones, y al pie, María, Juan, el centurión y las santas mujeres, y en todo el monumento nada que haga siquiera alusión al sabio cuyas ideas no se aceptan, nada que pudiera rozar ligeramente la susceptibilidad de sus parientes, admiradores o amigos.

Delante del gran pedestal del *Calvario*, por toda inscripción, estas palabras en latín, bretón y francés:

Vere hic Homo Filius dei erat
S. Marc. XV, 39.

En Gwirione an den ze e oa mab doue.
Cet homme était vraiment le fils de dieu.
En verdad, este hombre era el hijo de Dios.

Quizá, en tiempo no lejano, cuando otros viajeros vengan a Bretaña en busca de las huellas de Renán, no podrán ya ver, como aún he visto, encantado, el *Minihy*, o iglesita de San Ivo, con su lindo cementerio florido y las piadosas bretonas pasar, de rodillas, bajo el mausoleo del santo, pidiéndole mercedes. Ni verán la *Torre de San Miguel*, solitaria en la campiña, cuyas campanas aún van a Roma el jueves santo, volando y repicando por el aire, y con los mismos trajes bordados que les pusieron el día de su bautismo. Ni nunca más verán, en el *Oratorio de San Guirec*, en Plouma-

manach, y en la *Fuente de San Gonnery*, en Plougrescant, a las bellas y puras jóvenes de la Bretaña prender sus alfileres en la nariz del santo para tener, al año justo, un buen marido. Ni menos verán, porque ya no existe, en el valle de Tromeur, regado por una antigua fuente sagrada, que el cristianismo purificó y dedicó a la Virgen, la misteriosa capilla del patrón de la Bretaña, *Saint Yves de la Verité*, donde antes, implorando al santo, se hacía morir a los enemigos, Ni podrán ya mirar el seminario eclesiástico de Tréguier, donde estudió el autor de los *Souvenirs d'enfance et de jeunesse*, porque de él no existen ni

las ruinas; ni contemplarán, tal vez, las decrepitas torres de la catedral del Valle de Tregor, en torno de las cuales sigue revoloteando, en forma de gaviota blanca, el alma de su inmortal cantor, ni oirán en el claustro, maravilla de encaje de piedra, hoy agrietado y abandonado, en el silencio de las noches de luna, los pasos y el murmullo estudiantil de su hijo más ilustre, del que lo inmortalizó y quiso ser enterrado allí con estas solas palabras:

Veritatem dilexit.

CORNELIO HISPANO

Telus

A GABRIELA MISTRAL y a JOSÉ VASCONCELOS,
Guías espirituales de nuestra América.

El sendero

NUESTRO saber, es como la sombra de una nube que el viento arrebató:

Que si alzamos los ojos, ya no hay nube;
Y si los bajamos, ya no hay sombra.

* *

Ojos limpios requiere la Verdad.

Y puesto que la mente anda enlazada con el alma y el cuerpo en unión íntima y perenne, si el alma y el cuerpo van recargados de impurezas, la visión mental resultará escasa, turbia y vacilante.

Según la pureza de tus ojos, así verás.

* *

¿Enaltecí tu entendimiento y purifiqué tu corazón?

Entonces, ERA VERDAD.

Telus

I

Así como nuestro cuerpo se halla siempre en contacto con la *Materia*, de la cual se alimenta y renueva, así nuestra alma se halla siempre en contacto con la *Animia*, de la cual se sustenta y anima, y así también nuestra mente se halla siempre en contacto con el *Lumen*, del cual se renueva y se alumbra.

Recordemos que la *Materia es el cuerpo* de Telus; la *Animia, su alma*; el *Lumen, su mente*.

De tal guisa, el cuerpo del hombre es una partícula concentrada del cuerpo del Planeta; su alma, una concentración del alma del mismo, y su mente, una concentración de la vasta mente planetaria.

Así, venimos a ser en nuestro Mundo, como las Células son en nuestro cuerpo, que tienen dos vidas: una de ellas, *extraída de Nosotros*, individual, personal; la otra, *en Nosotros*, colectiva, total. Yo, no siento la vida *personal* de mis células, no tengo conciencia de esa vida; Ellas, no sienten,

no tienen conciencia de su vida *colectiva*, que está en *Mí*. Así, Telus, no tiene conciencia de nuestra vida *personal*, que radica conscientemente en nosotros; como nosotros, no tenemos conciencia de nuestra vida *telúrica*, que está en *Ella*. Sin embargo, de la suma de las vidas personales de mis células, se forma *mi* vida personal; como de la suma de nuestras vidas personales, (de los animales, de las plantas y de las piedras) se forma la vida personal de Telus.

¡Hondo, inexcrutable misterio!

Literalmente, y salvo nuestro Yo, que viene de más alto, somos una concentración de las atmósferas de Telus: vida *material*, *emocional* y *mental*, son de *Ella*, extraídas de *Ella*; de su cuerpo, de su alma y de su mente. Apetitos, instintos, sensaciones, emociones y pensamientos, de *Ella* son, y en *Ella* quedan; así como todo en el pez, aletas, escamas, espinas, sangre, humores, todo, al disolverse, queda en el Océano, pues del Océano venía. Verdaderamente, el pez es el hijo del Mar, como el árbol es el hijo del Suelo. Y nosotros, ¡con cuánta más razón nos llamaremos hijos de Telus, que nos da las sustancias para nuestras tres existencias, del Cuerpo, del Alma y de la Mente!...

II

El orgullo, acaso más que la ignorancia, nos ha llevado hasta creer y enseñar que la *Tierra es una pelota de barro*. Nosotros, los árboles, los insectos, las piedras, una lombriz, hasta los seres más ínfimos; hasta aquellos tristes e inmundos cuya función única es comer y evacuar, hasta las uncinarias que viven y se glorían en los excrementos, *todos son*, en el concepto de los sabios, seres vivientes, con voluntad y pensamiento. Todos, menos la *Tierra*!... ¡Los sabios!... ¡la ciencia!...

En todo hallan los sabios inteligencia, voluntad, sensibilidad. Pero en la *Tierra*, no. La *Tierra es una pelota*. A lo sumo, una

cosa orgánica, que *parece* animada, que *parece* sensible, que *parece* consciente. Que *parece*, no más.

Hasta un hombre como Reclus, que amaba a la *Tierra*, y que vió en ella tantas cosas, no vió la más sencilla de todas, y la más admirable y grande puesto que es la razón de todas las demás: no vió *que la Tierra es un Yo*, un espíritu, con mente, alma y cuerpo, *como nosotros*; con poder creador, con voluntad y anhelos, como nosotros; con funciones corporales, unas voluntarias y conscientes, otras inconscientes e involuntarias, *lo mismo que nosotros*.

Según la teoría científica, la *Tierra* es inerte, inanimada, ciega; una gran pelota, amasada con toda clase de materiales, que va dando tumbos en el espacio, retenida por la atracción solar, a imagen de una piedra que voltea en la honda, retenida por la mano del hondero. Y hasta cree la ciencia, que esa pelota se halla expuesta a despedazarse cualquier día, en un encontrón con otras pelotas que andan sueltas por el espacio, dando tumbos y voltejeando, a impulsos de honderos no muy hábiles.

Lo raro es que esa bola, que, según la ciencia, no piensa, ni siente, ni quiere, ni sabe, ni imagina, produce, sin embargo, en eclosión perenne, millaradas de seres que saben, piensan, quieren, sienten e imaginan! De esta pelota, ciega e insensible, brotan las flores y los pájaros, las espigas que nos hacen vivir, y las otras innumerables criaturas que nos deslumbran con su inteligencia, su fuerza y su belleza!...

Tal pensarán, sin duda, la uncinaria que infesta mis intestinos, y el hematozoario que corrompe mi sangre: que yo soy un cilindro de arcilla y de viscosidades, donde *Ellos*, comprenden y crean, sienten y razonan, mientras que yo, movido por fuerzas incontrastables y ciegas, sirvo apenas de *medio* a su voluntad y a su inteligencia. Y el horripilante gusano que vive subyacente en el cuello grácil de la ardilla, se ha de maravillar cuando ésta salta de rama en rama, como si fuera un pájaro; se ha de sorprender de que *su medio*, su trozo de arcilla y de humores, se harmonice tan acabadamente con los dones que *El*, el Gusano, tiene de ser tan veloz, tan gracioso y tan ágil...

Esta ilusión, esta miopía, ha de ser la misma en todos los seres terrestres: el parásito,—¿no somos todos parásitos?—ha de creer, cegado por el orgullo, que *El* es quien piensa, siente y quiere, y que el sér superior, *en quien vive, de quien vive, por quien vive*, y a quien no comprende, (*por eso, porque es superior!*) es simplemente *un medio*, un mecanismo propicio y adecuado a su existencia y a su actividad.

Así piensa el musgo, de la encina; así piensa el pulgón, del limonero; así piensa la garrapata, del buey. Así piensa la ostra, del Océano, y así pensamos nosotros, de la *Tierra*.

Probablemente, así pensará Telus del Sol, y el Sol, del astro inmenso e inefable (allá en la inaccesible constelación de Hércules) bue le sirve de centro, de sostén y de guía...

Cada uno de ellos habrá formado, sin duda, una buena teoría *científica* sobre su *medio*, sobre su pelota.

Porque eso es lo propio y fatal de la personalización: *cegarse*. Cuanto más se aparte y aleje uno del Todo; cuanto más se personalice y se *egotice*, más ciego devendrá. Ved, si no, como los rayos caloríficos de la hoguera, alejándose, tórnense menos cálidos; luego tibios, luego fríos, frigiditos por fin. Ved, si no, cómo los rayos luminosos, tanto como se alejan del foco, van decreciendo en esplendor, hasta ser mortecinos, nebulosos, opacos, y finalmente oscuros...

III

¿Qué queréis saber de la Tierra?

¿Las mareas, que son su respiración?

¿Las erupciones, que le sirven para re-hacerse y purificarse?

¿Las corrientes marinas, que llevan, como la sangre en nuestras venas, el calor a sus frías extremidades?

¿El vaivén de las aguas, del Océano a la Atmósfera, de la Atmósfera al Suelo y del Suelo al Océano, que lubrica sus durezas y mantiene su fecundidad?

¿El movimiento rotatorio, que determina y mantiene su masa, y le asegura el goce de los beneficios del Sol?

¿El girar en torno de éste, como la mariposa en torno de la llama, para hallar en su aliento la fuerza y la alegría?

¿Las trombas, los ciclones, los terremotos, los diluvios y los hundimientos, que son todos, funciones de su vasto y complicado organismo?

—Todo viene de acciones mecánicas y de reacciones químicas, responden los científicos; todas son fuerzas fatales y ciegas, que actúan sobre la pelota, ciega y fatal ella también; nada de sensación, ni de voluntad, ni de inteligencia.

—¿La prueba?

—La prueba, responden, es que no *comprendemos*, que no concebimos *cómo puede ser de otro modo*.

Y, precisamente, no comprenden, por eso, *porque es de otro modo*. Porque comprender, implica *ser uno mayor que la cosa comprendida*. Y nosotros no somos mayores que Telus, ni en fuerza, ni en imaginación, ni en constancia y regularidad de movimientos, ni en sumisa obediencia a las leyes universales, ni en riqueza, ni en voluntad, ni en inteligencia, ni en saber.

Si no comprendo a otro hombre, que es mi semejante, casi una reproducción exacta de mí mismo; si no comprendo la mayor parte de los fenómenos que se operan *en mi propio sér*, ¿cómo voy a comprender a la Tierra, tan amplia, tan varia, tan silenciosa y reconcentrada en su trabajo, y de la cual no sé, a conciencia, sino que me lleva pacientemente en su regazo?

No, el musgo no puede comprender a la encina, ni la carcoma al roble, ni el placten al Océano, ni el infante a la madre. Les queda el recurso de negarlos; sólo que, siendo ellos menos necios que el hombre, sustituyen la comprensión *con la fe*, y así, donde

nosotros encontramos la nada, ellos sienten la plenitud. Por eso la calandria, al solo despertar, salta a una rama donde la inunda el Sol, y le da gracias por la vida de ayer y por la luz de esta mañana. Y sabiendo que la inteligencia y la bondad no son virtudes suyas exclusivas, sino más bien del Padre Sol y de la Madre Tierra, confiada y placentera se entrega al trabajo y al canto.

Mientras, los *sabios*, con sus feos anteojos y sus calvas odiosas, se levantan a proclamar que todo es ciego y sordo, *menos ellos*; que la ley es la lucha, y que es científico que unos hombres perezcan de necesidad y otros de hartura. A lo cual, los pueblos, tan bestias como ellos, responden echándose unos contra otros, a despojarse y devorarse... ¡La ciencia!... ¡Los sabios!...

IV

Tánta ceguera viene de que nosotros tendemos a elevar por encima de todo, lo que llamamos *inteligencia*, y queremos hacer de ella la norma y la piedra de toque del Universo. Nos imaginamos que *entender*, es la función más alta que puede hacer la Mente. Cómo si entender, no fuera una *limitación*. Cómo si conocer fuera posible sino tras de un laborioso y enojoso pensar. Cómo si *ver*, no fuera mejor que tocar; y *sentir*, que ver; y *entender*, que sentir; e *intuir*, que entender; y *crear*, que intuir; y *ser*, que crear...

Como si lo que llamamos alcanzar una verdad, fuera otra cosa que esclarecerse a nuestros ojos, una de las cien mil facetas del diamante que se llama VERDAD...

Aquello que amplía mi mente y a la vez enaltece mi corazón, eso es *la verdad*. Por cualquier vía que me llegue: sensación, sentimiento, raciocinio, sueño o ensueño, revelación, creencia o intuición, eso es la *verdad*. Como la luz será la luz, de cualquier lado que viniere, si esclarece y alumbra las cosas.

¿Veo la vida más clara, más justa, más amplia, más en armonía con el Todo? ¿Y siento que esa visión me hace más bueno, más generoso y desprendido, más compasivo y amante de todas las criaturas, más dispuesto a dar y a servir? Entonces tal visión de la verdad es *mi verdad*, y lo será en tanto que no se me revele una visión más amplia, que aumente en mí la luz y el amor.

Así es que esas Biologías, esas Economías, esas Filosofías, esos Darwinismos y Positivismos, todos esos *ías* e *ismos*, que oscurecen la vida, que derraman egoísmo y dureza sobre el corazón, que le vuelven a uno más triste y más cruel, son mentiras, locuras, quimeras, desvarios del orgullo; que se imponen a nuestro entendimiento como si fueran verdades, porque es propio del flaco entendimiento del hombre, *el ver, por algún tiempo*, rebosantes de claridad y de verdad, cosas que luego advierte colmadas de absurdo y de mentira.

Por eso, siendo prudentes, hemos de pesar y medir con el corazón y la mente, aquello que se nos ofrezca como verdad, y exigir de ésta, que nos traiga lo que necesariamente ha de traernos, si es verdad: *más luz y más amor*.

**Con la Crema Dental
Waite's Anti-py-o**

se curará usted la PIORREA
ALVEOLAR, se
le purificará el
aliento y conser-
vará su denta-
dura blanca. De
venta en todas
las BOTICAS y
DROGUERIAS.

DR. M. FISCHEL
DISTRIBUIDOR
Apt. 434 - Tel. 683



Waite's

ANTI-PY-O
DENTAL
CREAM

¡Ojo! por cada seis cajetillas de cartón se regalará un buen cepillo de dientes en la oficina del Dr. Fischel

* *

A considerarlo bien, la *Conciencia Mental* o inteligencia, no es sino una de las modalidades que va el espíritu alcanzando en el camino de su eclosión ascendente: una de ellas, *nó* la única; una muy alta, *nó* la más alta.

Del tacto, *en forma de gustación*,—que es la forma inferior de consciencia en el hombre,—la manera de conocer va dilatándose, sutilizándose, espiritualizándose. Primero, conocemos las cosas, gustándolas. Luego, con una mayor extensión de nuestro cuerpo, y descubriendo en ellas una porción mayor de cualidades, las *tocamos*: así adquirimos noción de su dureza, temperatura, elasticidad y consistencia; lo cual nos inicia en sus relaciones con el ambiente, y en una elemental previsión de los efectos que podrán causar o sufrir.

Luego, a mayor distancia y ya sin contacto directo, adquirimos consciencia de sus cualidades más sutiles, por medio del *olfato*, que ya nos inicia en el conocimiento de su vida interior, de su *alma*; pues la fragancia es una suerte de bondad que se desborda, así como el hedor es el rebozamiento del mal.

Luego, penetrando más en su corazón, *las oímos*; que es como escuchar sus confidencias, y conjeturas, por su ritmo, la pureza y la fuerza de sus anhelos.

Luego, entrando, en su mente, *las vemos*; que es tener una visión refleja de su idealidad y perfección.

Luego, ahondando en su vida mental, *las comprendemos*, que es conocer el mecanismo de sus fuerzas, la relación entre sus partes, sus causas antecedentes y sus consecuencias posibles; y esto marca el límite de nuestra consciencia experimental y analítica.

Luego, prescindiendo de toda experiencia y corporización, *las concebimos*; que es adquirir consciencia de que *son posibles*, de que existen en alguna parte, de que fueron alguna vez, o de que su realización se está iniciando.

Luego, libertándonos de todo razonamiento, *las intuimos*; que es una suerte de encontrarlas como tocándolas en las tinieblas.

Luego, confiados en el poder ilimitado del Bien, que trae a la existencia las cosas que son necesarias, *las creemos*; que es hacerlas nacer en nosotros, creándolas de nuestra propia sustancia, para que de ahí su existencia se extienda al mundo real.

Y por fin, cuando ya las conocemos de toda suerte, en su forma, en su ideal, en su espíritu, en su necesidad y virtualidad, *las vivimos*, *las somos*; que es identificarnos con ellas, o llegar a su conocimiento máximo. Y cuando esta última etapa de la consciencia se alcanza, ya no hay intelección ni forma ninguna inferior de conocimiento, sino *realización y plenitud*.

No imaginéis que la rosa *piensa* su fragancia, o la *siente*, o la *concibe*, o la *percibe*, sino que la *vive*. Ella no raciocina ni entiende el esparcimiento de su sér, que es el aroma, ni su excelsificación en una de

las virtudes de la Luz, que es el color. Ella *no sabe* de sí misma, lo que nosotros conocemos teórica o empíricamente. Ella posee la fragancia y la sonrosidad. Mejor aún, ella vive fragante y sonrosadamente. Y, mejor todavía, ella *es* fragancia y sonrosada luz.

V

La ceguera, decíamos, de creer que todos los seres mentales y conscientes han de *pensar* y *conocer* a la manera nuestra, es la que dió a los científicos esa concepción de *las pelotas*, que se imaginan ellos ser los astros, y especialmente la Tierra.

Pero en el Universo no existen *las pelotas*: hasta las cosas que lo parecen, no lo son, en verdad; pues en todo sér hay alma, en todos hay mente, en todos hay espíritu. Si el cristal no tuviera *conocimiento*, no podría escoger y organizar los átomos de su propia sustancia; y si no tuviera *voluntad*, hoy se le juntarían unos, y mañana otros de naturaleza distinta. Es *verde* la esmeralda, porque esa es la nota *que ella ama* de la Luz; y el diamante es claro, porque de la claridad vive prendada su *aspiración*. La materia, ella sola, no tiende más que a desagregarse, a homogeneizarse, a convertirse en polvo; y donde quiera que asume una forma, es que está sirviendo de envoltura y de medio de expresión a un espíritu; es decir, *a una conciencia y a una voluntad*.

* *

¿Qué diremos de Telus, espiritualmente considerada? ¿Qué diremos de ella, como inteligencia y conciencia? Nada, sino que es un *ser*, un alto espíritu, un genio, acaso un dios. Pues hay genios y dioses. No solamente los hay, sino que son legión, como todas las criaturas del Cosmos: *Hay muchas moradas en la casa de mi Padre*, decía Jesús. Y pudo añadir para nuestra enseñanza: y las criaturas que las habitan, son innumerables en forma, en inteligencia, en voluntad y en poder.

Los griegos adivinaron esta verdad, y así crearon las gerarquías de sus genios, sus semidioses y sus dioses; entre éstos, los planetas. Los caldeos, con honda penetración de las cosas espirituales, presintieron las gerarquías de Angeles, Arcángeles, Virtudes, Potestades, Principados, Dominaciones, Tronos, Serafines y Querubines: *Angeles*, personificación de las esencias más sutiles y raudas del Cosmos; *Arcángeles*, las más poderosas energías; *Virtudes*, las fuerzas latentes, eficientes, incontrastables, aunque silenciosas y lentas; *Principados, Potestades y Tronos*, categorías de inteligencias creadoras, que forjan, renuevan y gobiernan la Creación; *Serafines*, los espíritus que más se deleitan en la caridad, los que más encendidamente aman a Dios; *Querubines*, inteligencias excelsas, que más que nadie le sirven, en sí y en sus obras, porque más que nadie ven y comprenden.

Todas las mitologías, todas las religiones han creído en los dioses, criaturas superiores al hombre, diversa y amplísimamente

dotadas de conocimiento, de belleza y de poder. Si hay una vastísima escala de seres por debajo del hombre, ¿por qué no había de haberla por encima del hombre? «En la casa de mi Padre hay muchas *moradas*»: astros innumerables, organizados según fuerzas y condiciones variadas hasta lo inimaginable, y en los cuales viven seres adaptados a esas modalidades ambientes: piedras, plantas, animales, hombres y genios, angeles y arcángeles, dioses y semidioses, serafines y querubines, y mil más, en ambos lados de la escala, innominados pero presentidos; entrevistados por la imaginación de todos los pueblos, y cuya existencia sólo puede negar un cienticismo estrecho, sin intuición ni amor.

* *

Telus, nuestra madre, es uno de esos grandes seres, conscientes, que sirven de morada en la casa del Padre; de su especie hay millones en el Universo, y en cada uno de ellos viven enjambres de criaturas inferiores, así como viven en nosotros, en las plantas y en las bestias.

El cuerpo de Telus es la que hemos llamado aquí Esfera Material, compuesta de agua, tierra y aire; su alma, es la Esfera Animica, de la cual es una concentración el alma nuestra y la de todos los seres terrestres; su mente, es el Lumen, la terciaria Esfera, de la cual es una condensación y una imagen la mente humana.

Más allá de esa Esfera terciaria, hay todavía una, *etérica*, condensación de la Sustancia interestelar. Esa *Atmósfera Eetérica* le sirve de medio de comunicación con el Ether Cósmico, que envuelve y sustenta los astros, y mediante ella se influyen en las esferas inferiores las virtudes de aquél.

¿Diremos que en esa última envoltura de Telus palpita su espíritu? ...Tal vez sí...

VI

La Tierra, encadenada al Sol por una fuerza de atracción, no gira en torno de aquél en una órbita regular, ni constante en el mismo plano: primero, porque no siendo la órbita circular sino elíptica, se aparta del Sol mucho más por un extremo que por el otro; segundo, porque yendo el Sol, a su vez, en pos y en torno de otro sol, se desplaza constantemente, instante por instante, y con él se desplaza, siguiéndole, el plano de la órbita de la Tierra; tercero, porque todo cuerpo que se desplaza velozmente, se estremece y palpita, según la densidad y grandor de su núcleo, y eso a Telus le imprime desviaciones que, aunque no rompan la dirección general de su carrera, sí la irregularizan y accidentan. (Acaso la enferman, y son causa de los cataclismos...)

Así, pues, el verdadero camino de Telus es una curva ligeramente ondulada que, por no desarrollarse en el mismo plano, se transforma incesantemente en una espiral. El humo de nuestra chimenea, en una tranquila mañana cuando apenas se siente la brisa, es la imagen de ese camino de la Tierra, que asciende siempre sin repetirse nunca, y se circunscribe en una elíptica que ame-

naza romperse cuando el Planeta llega a su mayor distancia del Sol.

De tal suerte, que nuestro Planeta, que tan constante y firme parece, es, en verdad, como una mariposa revoloteante y palpitante, girando en torno de una llama; a la cual se aproxima tanto a veces, que ya parece que va a precipitarse; y otras se aleja tanto, como si ya se fuera para nunca volver. Arrastrados por el Sol, cambiamos de segundo a segundo nuestra posición en el espacio, aunque, en cierta manera, mantenemos nuestra posición relativa y aparente.

¿Cuántos cambios físicos y suprafísicos no se deberán a este desplazamiento perenne? ¿Cuánto no influirá sobre las Atmósferas de nuestro planeta, ese ambular perpetuo en la extensión misteriosa e inconmensurable del Universo...? Porque, no hallándose éste en ninguna parte vacío ni muerto, sino rebozante de vida y de fuerzas, pleno de la Sustancia Eteréa, siempre viva y activa, acaso en el seno de ésta,—sin duda es así,—se están siempre verificando movimientos de todo género: incubación de nébulas y de nebulosas; desorganización de soles y de constelaciones; generación de ritmos que serán la semilla de nuevas criaturas; última disolución de sistemas, y nacimientos de otros, todavía invisibles... ¿Y cuántos más?... Y al atravesar o acercarse a la región en que se verifique uno de esos fenómenos, ¿cómo creer que no nos alcance su influencia? Pues en el Cosmos, *todo influye en todo, según la energía y la distancia.*

Los más trascendentales fenómenos de nuestra vida terrestre, no llegarán a comprenderse, pero ni a vislumbrarse, mientras no se conozcan y se aquilaten esas influencias todas. Y entre todas, principalmente, *la propia vida íntima consciente de Telus*, y la influencia *íntima y consciente del Sol*... padre y madre nuestros...

Pues ellos, como nosotros... nó, con más conciencia y voluntad que nosotros, *aspiran a cumplir sus propios fines*, y pueden, *siendo finitos y falibles, como son*, acertar o errar en sus voliciones y pensamientos. Porque dioses, astros, ángeles y hombres, toda criatura en que aliente el espíritu, siguen al cabo, y a pesar de todas las fatalidades o libertades aparentes, la resultante de *su naturaleza* contrastada por su *aspiración*, creando así, ellos mismos, y por su voluntad, la órbita de su propio destino.

* *

De esa intervención de su conciencia y de su voluntad, nos da una señal constante e inequívoca la Tierra, en su movimiento alrededor del Sol. Si este movimiento fuera *únicamente* el efecto de la atracción solar, y el Planeta obedeciera ciegamente a esa fuerza, como un carro obedece a la fuerza de los bueyes que lo arrastran, entonces, digo, la órbita de la Tierra no podría ser una elíptica, sino por necesidad, un *círculo*: y este movimiento constantemente circular, se explicaría como continuación del que tenía nuestro Globo—como partícula de una nebulosa inmensa—antes de que ésta le

arrojara de sí; o que, por concentración y apartamiento de la masa, la dejara sola, moviéndose como un anillo, que luego se fué transformando en una esfera.

Pero sabemos que nuestro planeta no gira en un círculo, sino en una elíptica; es decir, que en cierto momento, obedeciendo a la atracción del Sol, llega hasta muy cerca de éste. ¿Qué debería suceder en *ese momento*, si la Tierra no influyera *con su propio querer* en la determinación de su carrera? Sucedería, que la atracción del Sol aumentaría los efectos de su fuerza con la aproximación del cuerpo atraído, y entonces éste se aproximaría más y más al foco, hasta caer en él, como los maderos atraídos por el Malstroem; o que el Sol, *evitando él mismo* esa caída (lo cual sería deliberación, consciencia, voluntad), encontraría la manera de atenuar el exceso de su propia fuerza de atracción; y entonces, al llegar a ese punto extremo que es el foco mayor de su elíptica, la Tierra continuaría girando en círculo, ya para siempre equidistante del Sol.

Mas, en vez de suceder así, ocurre que, precisamente cuando ya la Tierra ha sido vencida, dominada, subyugada, por la atracción solar; cuando arrastrándola, desde el punto extremo de su alejamiento, el Sol *la hizo venir hacia él* (como el niño que recoge la cuerda de su papelote); cuando, necesariamente, la Tierra debería quedarse ahí, para siempre, girando en una órbita circular, o precipitarse raudamente en el Sol... *sucede que, en ese momento preciso, la Tierra comienza a retirarse del Sol, como si se hubiera vuelto más fuerte que éste!*

Se aleja, se aleja más cada vez; la atracción solar, vencida, no puede ya ni retraerla, ni siquiera detenerla. Todo hace esperar que, rota la cuerda del papelote, la Tierra, vencedora, libre, siga su camino de emancipación, y se aleje para siempre del Sol perdiéndose en las inmensidades del espacio...

¿Se fué? Nó, no se fué. Cuando ya estaba lejos, bien lejos, *cuando ya nada podía detenerla, inició un movimiento de retorno*, volviendo, poco a poco, en busca de *aquel a quien había dejado*, y cuya tiranía había roto.

¿Por qué volvió? ¿Por qué no se quedó, siquiera, girando en un constante círculo, que tuviera como radio *aquella distancia máxima* que había ya alcanzado? ¿Por qué no continuó alejándose más y más, indefinidamente, vagando en las soledades del Espacio, hasta encontrar un nuevo sol, más poderoso que la atrajera y retuviera? ¿Por qué volvió, cuando ya nada la podía obligar a volver?

Volvió, porque quiso volver.

Porque sabe que necesita del Sol, que le ha dado la vida y la sustenta.

Porque vive en la luz del Sol, en su atmósfera vivificante, como vive un pez en el Océano, y sabe que fuera de esa atmósfera, moriría o degeneraría.

Porque, además, *ama al Sol*, y siente que *sin él*, no sería feliz, no alcanzaría paz.

Porque, aún, siente que es *su deber* an-

dar el camino que le trazó Uno que alumbraba más que el Sol; y de Quien el Sol, es sólo imagen.

Porque, en fin, imponderablemente más que el hombre, Telus comprende y *hace* lo que es amor, y es belleza y es deber.

Porque, bienaventuradas y alabadas sean ella y la rosa!... también Ella *vive* el deber, y la belleza, y el amor!...

ALBERTO MASFERRER

San Salvador, año de 1922.

Viernes Santo

El sol de Abril aun es ardiente y bueno y el surco, de la espera, resplandece; pero hoy no llenes l'ansia de su seno, porque Jesús padece.

No remuevas la tierra. Deja, mansa, la mano en el arado; echa las mieses cuando ya nos devuelvan la esperanza, que aun Jesús padece.

Ya sudó sangre bajo los olivos, y oyó al que amó que lo negó tres veces. Mas, rebelde de amor, tiene aun latidos, ¡aun padece!

Porque tú, labrador, siembras odiando, y yo tengo rencor cuando anochece; y un niño hoy va como un hombre llorando, Jesús padece.

Está sobre el madero todavía y sed tremenda el labio le estremece. ¡Odio mi pan, mi estrofa y mi alegría, porque Jesús padece!

GABRIELA MISTRAL

(Del tomo *Desolación*, Editorial NACIMIENTO. Santiago de Chile, 1923).

Nosotros

Revista mensual de Letras, Arte, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales.

Fundada el 1.º de Agosto de 1907

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI.—ROBERTO F. GIUSTI

Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO

Dirección y Administración:

LIBERTAD N.º 543.

Suscripción anual: \$ 15.00 m/n.

Exterior. » 7.00 dólares.

BUENOS AIRES. REPÚBLICA ARGENTINA

Revista de Oriente

Organo de la Asociación Amigos de Rusia

\$ 0.10 el ejemplar.

Subscripción anual \$ 1.00 oro.

Sarmiento 1266. Buenos Aires

Tablero

—1926—

A los traductores de Edgar

Allan Poe

Sr. J. García Monge.

San José de Costa Rica.

Distinguido escritor y amigo:

En respuesta a su carta de fecha 17 de febrero me permito rogar a Ud. se sirva publicar en su REPERTORIO las líneas que siguen:

«Acabo de terminar mi ensayo sobre Edgar Allan Poe, que será publicado en breve por la Editorial CALPE de Madrid. Deseo insertar en este trabajo las mejores traducciones del poeta yanqui; hasta este momento cuento con varias versiones de Carlos Arturo Torres, Pérez Bonalde (*El Cuervo*), Leopoldo Díaz (*Ulalume*), y Guillermo Stock (*El Mundo de los Sueños*). Los escritores de habla española que hayan traducido al poeta norteamericano, o que tengan en su poder traducciones del mismo, me harían un gran servicio al enviármelas. Me interesa especialmente publicar una buena traducción del famoso poema *Annabel Lee*. Sé que varias revistas literarias publicadas a fines del siglo diez y nueve se ocuparon continuamente de este poeta y no sería raro que hubiera en esas páginas más de algún poema de Poe vertido al español».

Agradeciendo a Ud. tanta bondad quedo como siempre S. s. a. y s. s.

ARTURO TORRES RIOSECO

University of Texas,
Austin, Texas, U. S. A.

Dr. ALEJANDRO MONTERO S.

MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Despacho:

50 varas al Norte del Banco Internacional.

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

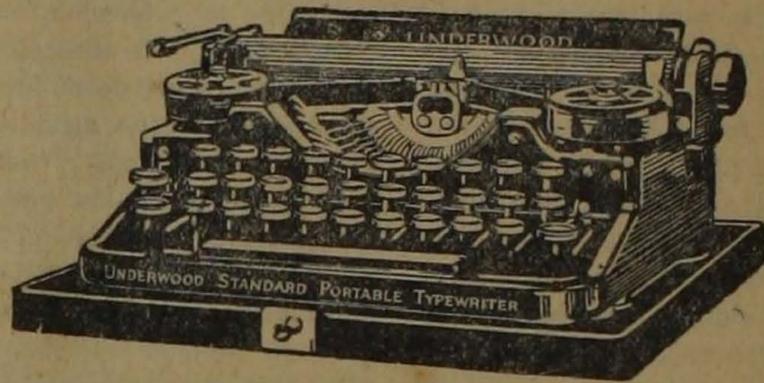
10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

EN EL HOGAR

Una UNDERWOOD PORTATIL



FUERTE, LIVIANA Y BIEN PRESENTADA

- es leal compañera del *Jefe de familia*
- facilita el trabajo del *estudiante*
- ayuda eficazmente a la *señora de la casa*
- hace correspondencia distinguida y clara
- y puede dejar copias con papel carbón.

Pesa, con su estuche, 4 kilos

Pida informes sobre las "SERIES UNDERWOOD"

Le conviene!

Le interesa!

J. P. ARANGO & Co., Agentes

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga

ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Próximo CONVIVIO: La tercera serie de las *Páginas Escogidas* de Renán, en la fina versión de Cornelio Hispano,

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica